

CUENTOS COMPLETOS

Virgilio Piñera

ALFAGUARA



ALFAGUARA



© 1956, 1970, 1987, Virgilio Piñera

© De esta edición:

1999, Grupo Santillana de Ediciones, S. A.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.alfaguara.com

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S. A.

Beazley 3860. 1437 Buenos Aires

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S. A. de C. V.

Avda. Universidad, 767, Col. del Valle,

México, D.F. C. P. 03100

• Distribuidora y Editora Aguilar, Altea,

Taurus, Alfaguara, S. A.

Calle 80 N° 10-23

Santafé de Bogotá, Colombia

ISBN: 84-204-2292-4

Depósito legal: M. 21.185-1999

Impreso en España - Printed in Spain

© Diseño de colección:

José Crespo, Teresa Pereletegui y Rosa Marín

© Cubierta:

Luis Pita

© Fotografía del autor:

Lux Chessex

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser

reproducida, ni en todo ni en parte,

ni registrada en o transmitida por,

un sistema de recuperación

de información, en ninguna forma

ni por ningún medio, sea mecánico,

fotoquímico, electrónico, magnético,

electroóptico, por fotocopia,

o cualquier otro, sin el permiso previo

por escrito de la editorial.

PQ-1389

P523

AG

1999

Índice

Prólogo 11

CUENTOS FRÍOS (1956)

La caída 35

La carne 38

El caso Acteón 41

Las partes 44

El cambio 46

La cena 49

Proyecto para un sueño 51

El baile 58

El álbum 64

El parque 82

El comercio 84

La boda 86

La batalla 88

En el insomnio 90

El infierno 91

Cosas de cojos 92

La cara 94

La condecoración 102

Cómo viví y cómo morí	105
El viaje	107
El conflicto	109
El Gran Baro	137

EL QUE VINO A SALVARME
(1970)

Grafomanía	149
Una desnudez salvadora	150
Natación	151
Un parto insospechado	152
La montaña	153
La locomotora	154
El señor Ministro	156
Alegato contra la bañadera desempotrada	159
Amores de vista	161
Unión indestructible	163
Oficio de tinieblas	164
El enemigo	166
La transformación	172
Un fantasma a posteriori	175
El balcón	181
La gran escalera del Palacio Legislativo	188
Unas cuantas cervezas	192
Unos cuantos niños	196

El filántropo	202
Frío en caliente	220
El caramelo	236
El que vino a salvarme	261

UN FOGONAZO (1987)

La muerte de las aves	269
El crecimiento del señor Madrigal	271
<i>Ars longa, vita brevis</i>	275
Belisario	288
El talismán	292
El interrogatorio	299
El otro yo	301
Salón Paraíso	305
En la funérea playa fue	312
Tadeo	316
Un fogonazo	322

MUECAS PARA ESCRIBIENTES
(1987)

Un jesuita de la literatura	333
Concilio y discurso	360
El caso Baldomero	377
La risa	425
Vea y oiga	444
Lo toma o lo deja	461

El <i>Impromptu en Fa</i> de Federico Chopin	472
Fúnebre caminata llena de vida	499
Hecatombe y alborada	506
Hay muertos que no hacen ruido	513
Hay ranas que no crían pelos...	523
<i>Hosanna! Hosanna...?</i>	528

CUENTOS INÉDITOS

El muñeco	539
El cubo	570
La rebelión de los enfermos	572
Otra vez Luis Catorce	584
Fíchenlo, si pueden	589

Un poco de Piñera

Antes de sentarme a escribir estas páginas, una palabra me daba vueltas. Caminando por mi casa me la repetí varias veces, hasta sentir en la boca su sabor amargo. La busqué en los diccionarios que tengo a mano, el de la Academia y el Hispánico, el primero impreso en la década del cincuenta y en la del treinta el segundo, evidentemente anacrónicos, y no encontré la acepción que buscaba. Aparecían las palabras *marginal*, *marginado*, pero faltaba el significado con que solemos usarlas en la sociedad actual.

Decimos «fulano está marginado», «clases marginadas», «barrios marginales», «literatura marginal». Usamos la palabra como verbo y como adjetivo. Era evidente, me dije caminando, y pese a mi escasa preparación filológica, que procedía de *margin*, y ésta de algún término latino, *margo*, por ejemplo. Abrí uno de estos diccionarios y encontré que *margin* era «extremidad y orilla de una cosa. Margen del río, del campo. Andarse uno por las márgenes es andarse por las ramas». Y abierto el otro diccionario encontré, además, como *margin* «el espacio que queda en blanco en cada uno de los cuatro lados de una página manuscrita o impresa». Y *marginal*, seguí leyendo, era aquello que estaba al margen. *Marginado*, decían al unísono mis viejos diccionarios, «contención del cauce de un río por medio de diques o taludes».

Por tanto, y metafóricamente, *marginado* es estar fuera de algo, haber sido excluido o autoexcluirse, ser apartado o apartarse, ser dejado o quedarse en esas márgenes del río o del campo, en esos espacios en blanco donde nada hay o nada puede verse. A tal extensión del sentido de una palabra y sus derivados suele llamarse «evolución semántica de un término». Y en diccionarios más actuales, que no tuve ocasión de consultar, tal vez se halle recogido el significado actual.

Un fognazo

La muerte de las aves

De la reciente hecatombe de las aves existen dos versiones: una, la del suicidio en masa; la otra, la súbita ratificación de la atmósfera.

La primera versión es insostenible. Que todas las aves —del cóndor al colibrí— levantaran el vuelo —con las consiguientes diferencias de altura—, a la misma hora —las doce meridiano—, deja ver dos cosas: o bien obedecieron a una intimación, o bien tomaron el acuerdo de cerirse en los aires para precipitarse en tierra. La lógica más elemental nos advierte que no está en poder del hombre obrar tal intimación; en cuanto a las aves, dotarlas de razón es todo un desatino de la razón. La segunda versión tendrá que ser desechada. De haber estado rarificada la atmósfera, habrían muerto sólo las aves que volaban en ese momento.

Todavía hay una tercera versión, pero tan falaz, que no resiste el análisis; una epizootia, de origen desconocido, las habría hecho más pesadas que el aire.

Toda versión es inefable, y todo hecho es tangible. En el escoliasta hay un eterno aspirante a demiurgo. Su soberbia es castigada con la tautología. El único modo de escapar al hecho ineluctable de la muerte en masa de las aves sería imaginar que hemos presenciado la hecatombe durante un sueño. Pero no nos sería dable interpretarlo, puesto que no sería un sueño verdadero.

Sólo nos queda el hecho consumado. Con nuestros ojos las miramos muertas sobre la tierra. Más que el terror que nos procura la hecatombe, nos llena de pavor la imposibilidad de hallar una explicación a tan monstruoso hecho. Nuestros pies se enredan entre el abatido plumaje de tantos millones de aves. De pronto, todas ellas, como en un crepitar

de llamas, levantan el vuelo. La ficción del escritor, al borrar el hecho, les devuelve la vida. Y sólo con la muerte de la literatura volverían a caer abatidas en tierra.

1978

El crecimiento del señor Madrigal

With fantastic terrors never felt before...

EDGAR ALLAN POE

Si el señor Madrigal comenzó un crecimiento a los ochenta años, no deberá pensarse en un crecimiento físico. A tal edad puede decirse propiamente que se «decrece»: el cuerpo se va encorvando como si tirara hacia la tierra; a la osamenta, cuyos ciento ochos huesos permanecen bajo la carne desde aquella época remota en que apenas si lo eran en el claustro materno, no podríamos ponerle un «gato» que la alzara con la misma facilidad con que éste alza el chasis de un auto. Esos huesos, crecidos hasta su extrema magnitud, irán decreciendo y se harán polvo. *Pulvis eris et pulvis reverteris...*

El señor Madrigal, que, por implacable ley biológica, estaba en ese caso, iniciaba otro modo de crecimiento. En su organismo, ya en total decadencia, en vías de descomposición y, finalmente, de putrefacción, algo se había engendrado, y, de acuerdo con todo proceso de gestación, tenía forzosamente que crecer. El señor Madrigal estaba, para expresarnos en términos de ginecología, embarazado.

Sin muchas luces, distaba de ser un hombre de talento; alcanzaba a percatarse, sin embargo, de que, en términos de obstetricia, no podría engendrar una criatura, y se sonreía irónicamente al pensar que, de haberles confiado su caso a los amigos, éstos, a su vez, se burlarían despiadadamente, y lo tildarían de caso típico de caquexia en grado avanzado.

La primera manifestación de este «embarazo», al que tendremos que acompañar con la connotación de «inefable» —porque, si bien es verdad que era inefable, en tanto que el señor Madrigal no podía engendrar nada de nada, no es menos cierto que no lo era en el sentido de que en su ser, perfectamente embarazado, nacería y crecería algo que bullía en sus entrañas—, tuvo lugar a las seis de la tarde, hora en que, con precisión cronométrica, tomaba como único alimento un vaso

de leche. Era todo un ritual: el señor Madrigal empleaba su buena media hora. La leche no representaba para él la ambrosía de los dioses. No; el señor Madrigal, entre otras exquisiteces, excluía el sibaritismo. Pero por reminiscencia de la niñez o preferencia de la dieta láctea, le gustaba la leche, y daba la dichosa casualidad de que ese gusto venía en su ayuda para que la dieta impuesta no constituyera un tormento a sus ochenta años.

Al acercar el vaso de leche a los labios, le vino un profundo desaliento. Sintió que ejecutar la acción comportaba el mismo esfuerzo que levantar, por ejemplo, cien libras; al mismo tiempo, esa acción, penosa de por sí, iba acompañada de una punzante sensación de inutilidad: el vaso, ahora transmutado en peso excesivo, era la representación visible de lo superfluo, y, en consecuencia, lo superfluo venía a ser su proyección anímica. Esta relación vaso-inutilidad, al gestarse en su mente, le avisaba que comenzaba un crecimiento, el suyo —y que esa suerte de feto se desarrollaría plenamente hasta configurar una suerte de criatura.

Apuró el contenido del vaso a grandes sorbos, como el que apura un medicamento desagradable. La delectación de media hora se redujo a segundos. Esa leche, de los pocos placeres que le quedaban —tanto sensuales como espirituales—, dejaba de ser leche; aun siendo el mismo alimento que tomara del pecho de su madre con escandalosa glotonería de lactante, ahora, y por el hecho de ser un ingrediente de su crecimiento, era como plomo derretido que le pasara por la garganta.

En una ocasión en que la lluvia me retuvo en su casa, tras haber agotado el rosario de las lamentaciones sobre sus achaques —rosario que todo anciano desgrana en presencia de un joven—, el señor Madrigal me contó, con voz susurrante, todo lo que antecede, y añadió:

—Algo dentro de mí crece como un feto.

Un poco por no contradecirlo y un poco por piedad, pregunté:

—¿Y qué es lo que tiene dentro?

—Si lo supiera... —y suspiró hondo.

—¿Qué dice el médico?

—¿Cuál? ¿El de almas? El del cuerpo nada puede hacer por mí.

Volvió a suspirar, y como rindiéndose a una terrible evidencia:

—Pero ni siquiera el de almas... —agregó.

Insistí tontamente:

—Vea al siquiatra.

—Al siquiatra uno va de joven, para que nos arregle la vida pasada, la presente y hasta la futura. Pero, a mi edad, el siquiatra no puede arreglarme mi futura muerte.

Rompió a reír ruidosamente. Era una rixa hilarante, con mucho de convulsa, y de la cual las palabras saltaban como gotas de agua en manteca caliente.

—¡Mi futura muerte! A quién si no a mí, grandísimo idiota, se le ocurre hablar de futuro. Mi muerte es presente. ¡A la mano!

Confieso que fui cruel, pero dije:

—Si algo crece en su ser, ese «algo» es, pura y simplemente, futuro.

—Se equivoca. Lo que crece en mi ser no es una vida nueva.

—¿Y qué, entonces? —pregunté, harto irritado por tanto discurrir bizantino.

Con un dejo melancólico, respondió:

—Lo sabremos en el momento del parto.

Al año de nuestro encuentro, como era de esperar, sus achaques se habían acentuado. Llegó a un grado de extrema delgadez. La carne, reducida a la sola piel, parecía incrustada en sus huesos. En lo que se refiere al ánimo, sus reminiscencias, nutridas por la avalancha de recuerdos de una larga vida, se habían marchado de su cabeza, dejándola vacía del todo.

Su desánimo se agravó cuando, una tarde, al tomar el vaso de leche de rigor, advirtió que ya no era el «líquido blanco, opaco, nutritivo», sino la ilusión de la vida. La leche, des-

pojada de toda corporeidad, se hacía, a su vez, tiempo consumido y, por tanto, muerte.

Entoñes pensó que le quedaba muy poco. Y este pensamiento se hizo todavía más consistente cuando, al sacar la cabeza por la ventana, como aquel que está en trance de morir sofocado, vio la Luna, y casi se preguntó qué estaba viendo. Sabía que sus ojos miraban por millonésima vez el satélite de la Tierra, pero, al mismo tiempo, por una progresiva desvitalización, la Luna se le antojaba una ilusión de sus sentidos. En adelante no podría, como probablemente hacían los demás, asociarla a su vida o poner sus plantas en ella como astronauta.

Efectuó en ese momento la operación inversa a la que todo niño realiza: fue despoblando el mundo hasta dejarlo vacío, sumido en silencio pavoroso. Ya no había respuesta para las preguntas, puesto que las preguntas sobaban.

De pronto, como a un naufrago, le vino a la mente la única pregunta de que aún disponía: «¿Qué es lo que crece dentro de mí?». Y, justamente cuando la formulaba, comenzaron los dolores de su singular alumbramiento.

Tuvo un parto feliz: dos o tres boqueadas y el estertor final. Lo mismo que el recién nacido en su cuna, un cadáver —producto acabado del crecimiento del señor Madrigal— yacía en la cama. Y si bien de su boca no salían vagidos, la nueva criatura se hacía anunciar por el pertinaz zumbido de una mosca.

1978

Ars longa, vita brevis

La familia, por unanimidad, tomó el acuerdo de dar una fiesta en honor de Manchita. Familia singular, pero simpática, siempre a la caza de fiestas. Tras largos años de darlas, tenían una acumulación de la cual esperaban, en los adversos años de la vejez, gratas evocaciones.

Digamos ya que Manchita es una perrita blanca, moteada de negro; tan insignificante, que ni siquiera puede vanagloriarse de su *pedigree*. Toda su habilidad circense consiste en que, a cierta hora de la noche, apoyándose en sus patas traseras, mueve frenéticamente las delanteras para que su ama la cargue.

Manchita ocupaba en la casa un lugar privilegiado. Como cualquier persona, tenía su fecha de nacimiento y se le celebraba el cumpleaños. Pero la fiesta de esa noche incluía un homenaje especial: festejar la hazaña de Manchita por haber matado una rata, casi tan grande como ella, esa misma mañana.

El *surprise-party* puso a la familia en volcánica actividad. Lidia se ocuparía de los regalos; Lola, de los dulces; Jorge, de la decoración del salón; la señora Candita, de los refrescos. En un descanso de esa febril actividad, Lidia dijo a Lola:

—¿No te has dado cuenta de que es el sábado y vendrá el viejo escritor? No le gustan las caras nuevas, ni las fiestas en honor de animales.

—Que el viejo escritor se muerda el rabo —repuso Lola—. Se le llama por teléfono y se le expone la situación. Por supuesto, se le invita. Se le aclara, bien adorado, que al *surprise-party* asistirán ochenta personas, amén de los cinco perros y los tres gatos de la casa. Que no podrá leernos sus maravillosas historias. Será un invitado más; se le atenderá y obsequiará, pero sin los honores que se le rinden los sábados.

Lidia rompió a reír como una enajenada. Las palabras de Lola tuvieron la virtud de sumirla en una euforia nada habitual en esa alma atormentada, en ese manojo de nervios que, más o menos, lo veía todo con tintas sombrías. Pero Lola, hay que reconocerlo, había estado genial.

—¿Y si se ofende y no viene más, ni el sábado de Manchita ni el resto de los sábados que le quedan por vivir? —dijo Lidia, entre carcajadas.

—¿Dónde dejas su necesidad de ser incensado? Incensado, cueste lo que cueste y caiga quien caiga —replicó Lola, con ese aplomo que pone en todas sus cosas—. ¿Ya se te olvidó cómo es realmente el Maestro? No digo que no tenga talento, y si quieren afirmar que es un genio, no me opongo; pero le encanta el incienso, y para que se le dé en grandes vaharadas vendrá a visitarnos todos los sábados. Puedes estar tranquila.

A Jorge, hermano de ambas, lo encargaron de llamarlo. Mientras hablaba con el escritor, Lidia, atacada de los nervios, se mesaba los cabellos; entraba y salía por una y otra puerta. Lola, impasible como la Esfinge, terminaba con toda calma sus informes escolares, y miraba por encima de sus lentes, atisbando la inevitable entrada de Jorge para comunicarles el resultado de su conversación telefónica con el viejo escritor. Mas, en eso, entró la señora Candita y, viendo la cara de consternación de Lidia, preguntó a Lola:

—¿Qué le pasa a tu hermana? ¿Se enfermó Manchita?

—Nada, mamá; es que Lidia piensa que el escritor no vendrá a la fiesta de Manchita. Jorge habla con él por teléfono y Lidia está atacada.

—¡Eh! —exclamó Candita—. ¿Que no vendrá? Ese viene con ochenta y con diez mil invitados. Con tal de figurar... Lo conozco como si lo hubiera parido. Se hará de rogar, dirá que el número de invitados es excesivo; pero, al final, lo veremos compartiendo —él, que es un inmortal— con los pobres mortales que asistan a nuestra fiestecita.

—Mamá, que tu boca sea santa —dijo Lidia, entrando por centésima vez en el cuarto—. No pido tanto. Que asista a la fiesta sería un milagro. Pero si se ofende y no vuelve a esta casa, ¿qué va a ser de nosotros?

—¡Qué oigo! —saltó Lola—. ¿Y qué nos pasaría? Mi hijita: como aquél que dice, lo conocemos de ayer, y hasta ayer hemos vivido sin sus frases. Y seguiremos viviendo sin ellas. No, Lidia; nada de exageraciones.

—¡Lo pasamos tan bien con él! —comentó Lidia, suspirando—. Esas lecturas con que nos regala tienen la virtud de adormecernos, de sumirnos en un mundo distinto al de todos los días. Yo espero los sábados como se espera, en medio de un dolor de cáncer, la inyección de morfina.

En ese momento apareció Jorge. Abriendo desmesuradamente los ojos, como acostumbra cuando algo inusual ocurre, y sonriendo con malicia, exclamó:

—¡Asistirá! Se vendió caro, pero asistirá.

—¿Qué quiere decir eso de que «se vendió caro»? Que no ponga condiciones. No serían aceptadas.

—Imagínate —añadió Jorge—. Empezó por decirme que si no podíamos suprimir la mitad de los invitados, que le gustaría que lo aislaran, confinándolo en la sala, y que allí, en compañía de cuatro o cinco amantes de la literatura, podría despachar rápidamente una pieza de teatro. Que no pretendía dar órdenes, pero que los invitados, acompañados por perros y gatos, muy bien podían fiestear en el jardín. Amablemente, pero con firmeza, le fui dando un *no* a cada una de sus sugerencias. Acabó por decirme que lo pensaría, que no me daba palabra de asistir, que vería, y etcétera y etcétera. Al final de los finales, me dijo que por mamá estaba dispuesto a sacrificarse.

—¡Se lo dije! —exclamó, triunfante, Candita—. Su vanidad de escritor puede más que todo.

No recuerdo, en mi ya larga vida, un sábado más luminoso, más destellante, entre los muchos que octubre me ha deparado. Ni calor ni frío; una temperatura que, mantenida en los veinticinco grados, hace de nuestro país un verdadero jardín de delicias. Alrededor de las cuatro, llamé a Lola para consultarle si sería apropiado obsequiar a Manchita con una maruga que había pertenecido a mi sobrina. Lola caviló que,

en fin, bueno, que ya Manchita no era un bebé, pero que, con todo, lo que se aprecia es la voluntad... Y para terminar con la maruga, me describió la mesa, preparada para la fiesta. La sola diferencia entre la mesa de los animales y la nuestra estribaba en que la de los animales no tendría, como es de suponer, ni cubiertos ni copas. Hicimos unos cuantos chistes sobre esa mesa y la de las personas, y nos despedimos hasta las diez.

Al colgar, oí un fragor lejano. Me asomé al balcón. El cielo seguía tan destellante, que aparté de mi mente toda presunción de amago de mal tiempo. No obstante, encendí la radio y escuché el boletín meteorológico. Anunciaba un tiempo magnífico para las próximas veinticuatro horas. Me quedaban tres para remolonear a mi antojo. Digo tres, ya que a las siete iría en busca de Ingrid.

Tras el anuncio del tiempo, la radio pasó el primer movimiento de la *Hammerklavier*. Ya estaba sumido en la magia de esa música sublime, ya el pianista atacaba la gran fuga, cuando percibí claramente, y ahora mucho más intenso, el mismo fragor de antes.

Pero, ensimismado en la música, no advertí la penumbra que de súbito invadió la sala. De mi éxtasis vino a sacarme, rotundo, fragoroso, un trueno. Me asomé al balcón, y vi que el cielo estaba encapotado. Concluyó la sonata, y el locutor repitió lo del tiempo esplendente. Contradiciendo su aseveración, sobrevino un trueno, acompañado por relámpagos. Pero ni gota de lluvia, ni el menor vientecillo. No sé por qué, esos truenos me trajeron a la memoria aquellas tempestades de mi niñez, en Cárdenas. Toda la familia se congregaba en un cuarto y, a coro, rezaba el trisagio. Mas, como había perdido ya toda fe, ni me encerré ni recé. En cambio, llamé a Ingrid por teléfono. «Sí —me dijo—; oigo los truenos, y veo el cielo encapotado. ¿De qué te asombros? Pasada media hora, el sol volverá a salir. Te espero a las siete en la parada de la 4».

Entre cinco y cinco y media, se levantó un poco de viento y cayó un chubasco. Los truenos habían cesado. Contra el pronóstico de Ingrid, el sol brilló por su ausencia, y el tiempo se hacía cada vez más inclemente. Como cuando estamos en presencia de magnitudes, y al no poder verlas, caemos

en puerilidades, observando ese cielo encapotado —hasta hacía dos horas, de una limpidez digna de un cielo del Giotto—, di yo también en ellas, e imaginé que tapaba su negrura con un inmenso diorama azul turquesa. La idea de que se malograra el sábado me hacía recurrir a tan infantiles subterfugios.

A las cinco y media, si no mal tiempo, al menos pequeñas ráfagas, seguidas por aguaceros. Como no quería perder toda esperanza, me dije: «A lo mejor levanta, y tendremos una noche espléndida». Empecé a vestirme. Una manera de hablar, eso de «vestirme». Con semejante tiempo, a lo sumo una camisa, un pantalón y el impermeable. Por supuesto, en un *nylon*, el inevitable manuscrito; ya sé: no era un sábado para leer, pero a lo mejor me pedían algo...

No a las siete; a las ocho menos cuarto, pude llegar a la parada de la 4. Claro está, me impidió ser puntual el dichoso mal tiempo, que éralo ya, efectivamente. Ingrid llegó a las ocho.

—¿Ya oíste la radio? Olvídate de todo. Se nos viene encima un señor ciclón. Acaban de dar el primer boletín.

—Mé importa poco el ciclón. No puedo perderme el sábado de Manchita.

Pero ¡ay! Estaba escrito que ese sábado sería el último de mis sábados, para siempre jamás. A ninguno de los invitados, incluidos Ingrid y yo, les fue posible asistir a la fiesta. Entre tanto, allá, en la casa del convite, se desarrollaba un drama que conozco en todos sus detalles. El sábado siguiente al de los hechos recibí una carta certificada, la que transcribo textualmente. En la misma se ofrecen cuatro versiones —corresponden a los cuatro miembros de la familia— de dicho drama:

VERSIÓN DE JORGE

Para no ser latoso, para no sobreabundar, para huir del suspenso, me limitaré a contar lo esencial. Y lo esencial son los extraños visitantes que nos vimos obligados —ésta es la palabra— a recibir.

Aunque me he propuesto ser parco en mi narración, no puedo pasar por alto dos incidentes que, al menos para mí, constituyeron una advertencia. El primero tuvo lugar a las nueve de la mañana del sábado. De un modo inexplicable, una concha engarzada en un aro de plata que llevo en el cuello, suspendida de una cadena, cambió de color, pasando del sepia al rojo carmesí. A eso de las doce del día pasó del rojo al sepia.

El segundo incidente se produjo a las cuatro de la tarde. También inexplicablemente, uno de los platos chinos de mamá, que cuelgan, entre otros muchos, de la pared del comedor, cayó al piso, desde una altura de dos metros, sin romperse. Todos sentimos el estrépito, y pensamos que se había hecho añicos. Pero allí estaba, como posado en el piso, intacto... Y todo eso fue preludio del mal tiempo. A las cuatro y media se oyó el primer trueno, el cielo se encapotó, y dos horas más tarde éramos azotados por un ciclón devastador.

Ahora contaré el drama de esa noche. A las nueve, la radio dijo que un ciclón con vientos de hasta ciento veinte millas por hora azotaba en esos momentos las provincias de Pinar del Río, La Habana y Matanzas. A las nueve y media cortaron el fluido eléctrico. A las diez, el teléfono dejó de funcionar. A las once menos cuarto pusimos una radio de batería, pero, o no había transmisión, o la atmósfera, demasiado cargada, impedía la recepción de noticias. A las once en punto llamaron a la puerta. Mamá exclamó: «¡Al fin llega alguien!». Abrí la puerta.

—Buenas noches —dijo una voz desconocida—. ¿Serían tan amables de permitirnos pasar?

Y sin esperar a nuestro asentimiento, entraron, por el siguiente orden, cuatro personas: una anciana, dos mujeres, que promediaban los cincuenta años, y el que se había dirigido a mí, un hombre de unos cuarenta. Diría que tomaron, ceremoniosamente, asiento en un sofá, y adoptaron la actitud de gente que está a mil leguas del lugar en que se encuentra. Mamá, dirigiéndose a la anciana, preguntó:

—¿Dónde los sorprendió el ciclón, señora?

Tras un largo silencio, y cuando ya mamá pensaba que la anciana era dura de oído, ésta contestó, con manifiesta vaguedad:

—Por allá...

Y volvió a su mutismo.

De pronto, Manchita, como acostumbra, se plantó delante de la anciana, y parándose en sus patas traseras, agitó las delanteras. Hízolo una sola vez, pues con esa fina percepción de que están dotados los animales, sintió que la anciana no era mamá, y emitió un ligero gruñido. Entonces se plantó delante de mamá, pero, otra vez desorientada, volvió junto a la anciana, para de nuevo emitir otro gruñido y, con espanto, retroceder en dirección a mamá. Finalmente, toda confundida, se refugió debajo de una silla.

Dice Lidia que la confusión de Manchita se debió al extraordinario parecido de la anciana con mamá. No estoy de acuerdo. La mortecina luz de la chismosa que nos alumbraba no permitía apreciar en toda su nitidez las facciones de la anciana. Opino que la perrita se confundió por el hecho de que la visitante y mamá son personas de edad. Tan sólo por eso.

Iba a abrir la boca para brindarles un café, cuando, sin más ni más, la anciana se paró y, con acento imperioso, dijo a mamá, al mismo tiempo que señalaba el sofá:

—Siéntese aquí.

Mamá contestó lo usual en tales casos:

—Estoy bien acá; no se moleste.

La anciana repitió, ahora con mayor imperio:

—Siéntese aquí.

Y como una reacción en cadena, ambas mujeres y el hombre se pusieron en pie, y nos dieron la misma orden a Lola, a Lidia y a mí. De modo que, en un abrir y cerrar de ojos, nos vimos, los cuatro, instalados en el sofá.

También afirma Lidia que los visitantes vestían exactamente como nosotros. Rechazó esta presunción. En la penumbra que nos rodeaba no podían distinguirse ni colores ni vestimentas. Los visitantes, que, al ponerse de pie, en modo alguno ocuparon nuestros asientos, se habían ido situando junto a la puerta, siempre encerrados en su mutismo, que se rompió cuando el hombre, abriendo la puerta de la calle, nos dijo, con voz conminatoria:

—¡Váyanse!

Mamá inició una débil protesta y susurró algo así como: «¡Con este tiempo!». Fue una protesta vana, dada la imperiosidad de la orden.

Abandonamos la casa. El hombre nos acompañaba; las mujeres se quedaron. Tomó a mamá del brazo y nos hizo señas de que lo siguiéramos. Enfilamos el jardín hasta la puerta cancel. De pronto, una enorme llamarada azul, una deflagración, nos iluminó, ó más bien nos empapó en su fosforescencia. Al mismo tiempo, sentimos como el jaderar de un motor. Inopinadamente, nos vimos ante un extraño artefacto. Como por arte de magia se abrió una de sus compuertas, y apareció la cara de un hombre de unos sesenta años. Dice Lidia que tenía un extraordinario parecido con la del viejo escritor, pero Lola y yo estamos de acuerdo en que no se parecía a nadie conocido. El hombre nos empujó suavemente al interior del artefacto, dio una orden y cerróse la compuerta.

VERSIÓN DE LIDIA

Como ha dicho mi hermano, para no sobreabundar, me limitaré a exponer, de una parte, los puntos en que no compartó la relación de Jorge; de otra, mi interpretación de los hechos.

Dejando a un lado lo de si la anciana se parecía o no a mamá, apartando lo del parecido entre las vestimentas de los visitantes y las nuestras, me apresuro a declarar, movida por eso que pudiéramos llamar prurito de exactitud, que fue mamá la que, poniéndose de pie, le dijo a la anciana que ocupara su sillón. De igual modo, y siguiendo el ejemplo de mamá, Lola, Jorge y yo instamos al resto de los visitantes a que ocuparan nuestros asientos. No ellos, mas nosotros, permanecemos de pie, y no ellos, mas nosotros, llevando Jorge la voz cantante, los instamos a que abandonaran la casa, a cuyos efectos, Jorge tomó el brazo a la anciana, al mismo tiempo que les hacía señas al resto de los visitantes para que lo siguieran. Nuevo punto de desacuerdo: no se dirigió Jorge hacia el jardín, sino hacia la verja de entrada a la casa. Es cierto que

mamá, Lola y yo permanecemos en la casa, pero, atraídos por esa deflagración azul, salimos al portal. Es por ello que pude ver perfectamente a Jorge cuando conducía a los visitantes. A la distancia en que me encontraba, no pude precisar si el objeto que estaba en la calle era un automóvil o qué. Aún alcancé a ver a los visitantes introduciéndose en esa especie de vehículo, y hasta percibí distintamente la voz de Jorge, pero no puedo asegurar si daba una orden o simplemente se despedía de ellos. Y, aguzando el oído, pude percibir como el ruido que hace una portezuela al cerrarse. ¿Pero es eso todo?

VERSIÓN DE CANDITA

A pesar de tan horrible noche —la falta de electricidad, de teléfono, puertas que se abren de golpe, ventanas que, por así decir, estallan, el ruido infernal del viento—, tengo aún fresca en la memoria la llegada de los visitantes. Entraron, pero nunca se sentaron. Pese a mis vivas instancias, permanecieron de pie la más o menos media hora que se guardaron en mi casa. Disiento de Jorge y de Lidia en lo que se refiere a esas palabras imperiosas que nos dirigieron. Aparte de la frase del caballero: «Buenas noches, ¿serían tan amables de permitirnos pasar?», ninguno de los cuatro visitantes abrió la boca. En cambio, ni Jorge ni Lidia han mencionado el hecho más singular. Me refiero a la inspección practicada por los visitantes. En esa más o menos media hora se dedicaron, deslizando como espectros, a un minucioso registro de la casa. De nuevo en la sala, el caballero abrió la puerta, y los cuatro se encaminaron al fondo del jardín. Coincido con Lidia en lo de la sobrehumana deflagración en azul. Fue esa luz la que nos permitió distinguir a los visitantes abordar una especie de artefacto. Coincido, asimismo, con mi hijo en lo del jaderar de un motor. Pero no podía ver cómo despegaron, pues una luz, aún más encandecida que la anterior, nos impidió toda visión. Para terminar, quiero decir que Manchita jamás agitó sus patitas frente a la anciana.

VERSIÓN DE LOLA

Todo esto es según como se mire y como se tome. La noche de ese sábado fue algo muy desagradable, como lo fue el enfrentamiento con ese sutil veneno que llamamos la ansiedad ante una situación creada. Y esa noche predispuso nuestro ánimo a desfallecimientos de la mente, entre los cuales aparece, en primera fila, el de la alucinación. Usted prepara el ánimo para algo tan inocente y divertido como lo es un *surprise-party* que se le da a una perrita. Por un feliz azar, dicha fiesta tiene lugar en día que podría calificarse de magnífico: cielo no sólo despejado, sino esplendente; temperatura de frescor paradisíaco; todo anuncia una noche tachonada de estrellas, como únicamente es dable verla en los trópicos. En el curso de unas pocas horas, esa «escenografía» cambia bruscamente, y a la divina calma sucede la furiosa tempestad. Relámpagos, rayos, truenos, lluvia torrencial; todo eso, culminando en el huracán, devastador, apocalíptico. Secuela del sismo: extinción de la luz, privación del servicio telefónico, aterradoros silbidos del viento huracanado. Ya éramos propensos a ser víctimas de la alucinación.

Lo digo porque, cuando a las doce —Jorge se ha equivocado en la hora— llamaron a la puerta, ya estábamos dispuestos a ver fantasmas. Mi hermano la abrió, pero, piense él lo que más le guste, lo piensen también mamá y Lidia, allí no aguardaban los tales visitantes. De seguro que uno de esos bandazos del viento huracanado hizo chocar, o un madero, o cualquier otra cosa, contra la puerta. Jorge la cerró, y para matar el tiempo, nos pusimos a hablar de aparecidos. Dado lo angustiante de nuestra situación, ansiábamos estar rodeados de presencias humanas, las creamos en nuestra mente, y con ellas hemos fabricado a esos extraños visitantes.

Hasta aquí, a mi parecer, todo rima bien, todo calza dentro de una ajustada lógica. Ahora bien, las cosas no eran tan sencillas como a primera vista parecían. Faltando unos minutos para las doce y media, los embates del viento, particularmente alarmantes, nos obligaron a dejar nuestro refugio de la

sala y a dispersarnos por cuartos, cocina y baño, a fin de atrancar aún más esas dependencias de la casa. En eso estábamos, cuando de nuevo llamaron a la puerta. Esta vez fue todo un aldabonazo, que yo calificaría de conminador. Pese a estar dispersos, cada cual lo oyó distintamente; mas como estábamos en la titánica faena de arrancamiento, no reaccionamos de momento. Un segundo aldabonazo, más atronador, más conminador, puso en acción nuestros reflejos, y como por arte de magia nos vimos los cuatro, al mismo tiempo, junto a la puerta. Abrió Jorge. ¿Y qué vimos? Pues a cuatro personas —tres mujeres y un hombre— caminando de espaldas a nosotros por el pasillo que lleva a la verja de entrada a la casa. Yo diría que caminaban lentamente. El hombre abría la marcha llevando del brazo a una mujer, que, por lo claudicante de su deambular, parecía persona de edad avanzada. Detrás seguían las otras dos mujeres. Aunque he dicho que caminaban lentamente, al mismo tiempo no parecían verse impedidos por la furia del viento. Se desplazaban como gente que se pasea en una noche tranquila. Nosotros, estupefactos y titubeando entre seguirlos o no, permanecemos clavados en el umbral de la puerta. En medio de aquel fragor, Jorge acertó a gritar: «¿Qué se les ofrece?». Como si se hubiera dirigido a muertos, el extraño grupo no se dio por enterado de la apelación y siguió avanzando, siempre lentamente, en pos de la verja. Por nuestra parte, haciendo un supremo esfuerzo, iniciamos la marcha. Con gran trabajo llegamos a mitad de camino. Esto nos permitió vislumbrar solamente que los extraños visitantes, que ya estaban en la calle, se metían, por así decir, en una especie de vehículo que no nos fue dable identificar. Y cuando, casi arrastrándonos, llegamos al fin a la dichosa verja, ya había desaparecido. Tan sólo me resta confirmar que la deflagración en azul acompañó constantemente a tan fantasmales personas.

EPÍLOGO

De todo se desprende lo que sigue: a) ¿Cañita, Lidia, Lola y Jorge siguen siendo las mismas personas que hemos

conocido de toda la vida? b) ¿Al ser introducidos a la fuerza en el extraño artefacto, fueron sustituidos en sus personas por los cuatro extraños visitantes? c) ¿Éstos, parecidos como gotas de agua a nuestros amigos, se dan por ellos? d) ¿A quién creer? ¿A Jorge? ¿A Candita? ¿A Lidia? ¿A Lola? Bien pensado, me quedo con la versión de Lola. Pero ¿no será todo una broma de la familia?

Debo decir que, en los días que siguieron al ciclón, llamé por teléfono, sin poder comunicar. Es lo que esperaba, dado los destrozos causados por el huracán, y entre los cuales estaría el del tendido telefónico. Por una cosa u otra, no me fue posible llegar a la casa. Me disponía a visitarlos el sábado, y la misma mañana de ese día me llegó el certificado de Jorge. Si había estado lleno de ansiedad por saber de ellos, ahora lo estaba muchísimo más al recibir de esa carta, la que, no bien terminé su lectura, me dejó como paralizado.

Júzguese de mi terrible ansiedad en las horas que me faltaban para visitar a esa familia. A punto estuve de «caer» por la casa a las dos de la tarde. A duras penas pude contenerme; traté de ser razonable y decirme que no pasaba nada, que todo eso era una broma de Jorge, que su carta nos proporcionaría sabrosos comentarios entre sorbo y sorbo de esa champola, hecha por las manos de Candita.

Llegué exactamente a las ocho de la noche. Empujé la verja de entrada y contemplé el magnífico jardín, totalmente devastado. La casa estaba intacta, o parecía estarlo. Me sorprendió no ser recibido por los ladridos de los perros. Miré a través de una de las ventanas que dan al jardín, y percibí, en la salita, una débil claridad. Era tan sólo la luz de la Luna, que entraba a raudales. Entonces toqué; primero, como solemos hacerlo cuando estamos seguros de que se nos espera; después, un tanto más fuerte. Minutos más tarde, de un modo frenético, hasta atronar el silencio circundante. Hice una pausa en mis llamadas, y paseé la vista por el jardín. Me sobrecogí de terror: miles de ojos parecían espíarme. Con las piernas como de plomo, me arrastré, por así decir, hasta la verja, y salí a la calle. Dominando como pude mis «nervios», me llegué a casa de una vecina. A mi pregunta: «¿Podría decirme si los Ra-

mírez —es éste el apellido del difunto esposo de Candita— se han marchado?», me contestó: «Señor, no los vemos desde la noche del ciclón. Seguro que se fueron a refugiarse en la casa de algún pariente o amigo, y que volverán de un momento a otro».

Y eso fue todo. Volví a mi casa. Medité mucho esa noche. Sigo meditando aún, al año de tan extraña desaparición, de la que nadie, absolutamente nadie, ha podido explicar algo. Ni la Policía, ni sus parientes; ni sus amigos, que eran legión. Entonces, ¿quién me envió esa carta? Debo hacer notar que la misma venía sin firma, cosa que, al principio, atribuí a un olvido involuntario de Jorge —y siempre diré que, en caso de que la carta proviniera en realidad de la familia, él era el único que podía haberla escrito—, o a una de sus múltiples excentricidades. Dejo a la imaginación de cada cual la posibilidad de interpretar este insólito caso. Por mi parte, si bien he perdido la compañía de una familia encantadora, he ganado, en cambio, cuatro entes de ficción. ¿No es en eso en lo que han venido a parar?

Belisario

Al tigre hubo que darle un nombre de persona. Si hablaba, si se expresaba con corrección y propiedad, habría sido una descortesía y hasta una afrenta llamarlo por el nombre de su especie o, algo aún más humillante, ponerle, como a un perro, Capitán o Rey... Así pues, se convino en llamarlo Belisario, Belisario Martínez.

Su secretaria llamó con los nudillos a la puerta del despacho:

—¿Se puede, señor Belisario?

—Pase usted —respondió una voz acariciadora.

Cuando la secretaria entró, Belisario estaba escribiendo a máquina. No vestía ropas masculinas, por supuesto, sino como vino al mundo: vestía de tigre.

La ausencia de ropas masculinas era lo único que lo diferenciaba del ser humano. Sentado correctamente frente a la máquina de escribir, parecía un magnate de las finanzas o un mandatario. No se exageraría si se le comparara con un escritor; pero con uno de los grandes, de los que escriben páginas inmortales.

Belisario tecleaba, en un delicado papel color malva, una carta al sha de Persia. En ella se excusaba de no poder asistir al *garden-party* que el monarca ofrecería en breve a una famosa contralto china, de paso por sus estados.

—¿Le parece, Rosalía, que esta frase: «Me faltan palabras para agradecer a su Graciosa Majestad tan gentil invitación», sea lo bastante amable?

—La juzgo muy correcta, señor Belisario. Es una frase muy lisonjera.

—Usted me tranquiliza. Tenía mis dudas.

Miró a través del ventanal que se hallaba a sus espaldas. Suspiró:

—Este crepúsculo me recuerda los de mi patria.

Rosalía preguntó, tímidamente:

—¿Cuál es su patria, señor Belisario?

La pregunta tuvo la virtud de hacerlo sonreír. Dejó ver entonces una impresionante fila de dientes, colmillos y molares blanquísimos, tan afilados, que Rosalía se estremeció. Un acceso de terror relampagueó en sus ojos.

—Pues mi patria es Bengala. Allí nací, y ya apenas recuerdo cuándo vine a La Habana o quién me trajo. Debió de haber sido por mis dos años de edad. Más o menos. No tiene importancia. Ahora, con diez en mis costillas, me siento en la plenitud.

Y se estiró voluptuosamente.

—¿Sus padres son bengalés? —se atrevió Rosalía a preguntar.

—Nacidos y criados en Bengala —respondió Belisario, mientras volvía a suspirar—. Murieron en una cacería que nuestro maharajá ofreció al rey de Inglaterra.

Suspiró hondamente, pero no dio pormenores de tal tragedia familiar. Se veía muy afectado; tanto, que Rosalía tuvo que darle un cordial.

Belisario, después de brillantes estudios en la Universidad de La Habana, tuvo la suerte de entrar, por enlace matrimonial, en la familia del acaudalado *yachtman* Benito Conde. La hija de éste —Natalia— no pudo resistir los encantos felinos de Belisario, y a los tres meses de conocerlo, estaban casados. Como es de suponer, Benito proporcionó a su yerno rápidos medios de enriquecerse. Belisario se hizo millonario.

Al día siguiente de la conversación con su secretaria, acompañado por su esposa, asistió Belisario a una fiesta infantil. Los niños lo adoraban, un poco porque era para ellos la bondad personificada y también por el instinto infantil que los lleva a conocer a quien puede ser su Santa Claus cualquier mes del año. Sentado en una africana, con un niño en cada brazo, tres en sus rodillas y un enjambre a sus pies, en una especie de apoteosis, era la estampa del padre bondadoso.

Su mujer lo adoraba, igualmente. Para ella no tenía nada de tigre, excepto la anatomía. Lo halagaba, recitándole

el poema de Blake acerca del tigre. Y, en realidad, razones tenía Belisario para sentirse halagado, al escuchar de labios de su mujer, una mujer que nada tenía de tigresa, los versos inmortales. Indudablemente, no es habitual ver a un tigre escuchar, deleitado, unos versos acerca de su propia naturaleza bestial; escuchar su propia descripción.

Pese a estas excelsitudes, muchos se preguntaban si no sería Belisario un hombre-tigre, lo que Calderón definió como «un compuesto de hombre y fiera». Algunos iban más lejos —y tales conjeturas los llenaban de pánico—, al afirmar que Belisario era una fiera con una humanidad prestada, algo parecido a la ilusión de la gente. Que su amor por los niños, por su mujer, sus gestos y delicadezas, eran tan sólo un añadido a su verdadera y tenebrosa naturaleza. Si algún día aciago esta imantación humana abandonara su piel, surgiría, magnífico y sangriento, el animal perverso que llevaba dentro.

Alguien propuso una prueba que consideraba infalible para conocer la verdadera naturaleza de Belisario: utilizar a Natalia. Que ella provocara al tigre, hiciera brotar su condición devastadora. Aunque el resultado sería el inevitable despedazamiento de la bella Natalia, esta trágica comprobación ahorraría el holocausto de muchas vidas.

La maquinación se quedó en palabras. No sólo habría sido causa de una tragedia innecesaria y de la desdicha de dos seres que se amaban tiernamente, sino que resultaba un recurso muy difícil de llevar a la práctica: Natalia no adquiriría jamás la condición de tigresa, ni se prestaría a semejante comprobación.

Si nunca se llegaría a descubrir verdaderamente la naturaleza de Belisario, al menos se sabía, con certeza, el terror que infundía su dualidad. Él venía a representar, en medio de una sociedad refinada, como un asomo del terror primitivo, un vislumbre que era una advertencia. Y, naturalmente, la inquietud de algunos llegó a ser inquietud de todos: descubrían tal vislumbre en los amarillos ojos de Belisario.

Y entre sus garras, cuando él los abrazaba tiernamente, experimentaban la horrible sensación de que, si de pronto se despertaba el tigre, serían devorados.

Estas terríficas visiones no se cumplieron. Belisario murió de viejo. Alcanzó la edad máxima que un tigre alcanza: diecinueve años. Pero cuando, en su lecho de muerte, el sacerdote le dio la extremaunción, en el momento de recibirla, ocurrió algo espantoso: lanzó un temible rugido. Pero era ya demasiado tarde: no tuvo tiempo de recobrar su verdadera naturaleza. Acababa de exhalar el último suspiro.

1967

El talismán

I

Nadie supo nunca cómo era el talismán. ¿Un pedazo de piel semejante a la celeberrima *Peau de Chagrin* balzaciana? ¿Una botella de la que salía el consabido genio? ¿Una lámpara como la de Aladino? De pronto, surgió la conseja de que en diferentes puntos de la Tierra había aparecido «una cosa» —así la denominaba la gente, a falta de explicación mejor— a la que tan sólo era necesario pedirle para que al instante satisficiera la petición. «¿Una cosa como qué?» —preguntaban todos—. Y todos contestaban: «Pues una cosa así...» —y hacían con las manos figuras en el aire que no significaban nada.

Lo esencial es que la cosa existía, si no en la pura realidad, al menos en la mente de las gentes. Todo consistía en ir a buscarla, por la sencilla razón de que la cosa no iba hacia las gentes, sino que éstas tendrían que ir hacia ella.

Claro está; todo resultaba de una vaguedad desconcertante, y hasta pudiera decirse que, por ejemplo, el humo —sustancia volátil si las hay— era más consistente que la cosa. Pero, precisamente, tal vaguedad e inconsistencia fueron el motor que puso en movimiento a la humanidad entera. De haberse ofrecido precisiones, puntos de referencia, localizaciones, grados, minutos y segundos de un meridiano terrestre, la gente no habría caído en la histeria colectiva de creer a ciegas en el talismán.

En cada una de las naciones del planeta había hecho su aparición esa cosa, la que tan pronto se localizaba en un punto como en otro. Al anuncio de que estaba, por ejemplo, en la localidad de X de tal o cual nación, en manadas se corría en su busca, en los más diversos medios de transporte, exceptuando, claro, a los moradores de dicha localidad, que, por otra parte, al

no encontrarla, y utilizando a su vez los más diversos medios de transporte, se trasladaban alocadamente a otra localidad, que ya había sido anunciada como albergadora de la cosa.

En M, región perteneciente a la provincia de P, en la nación Z, la búsqueda y —así lo creían todos— subsiguiente obtención de la cosa llegó a extremos increíbles. Para poner tan sólo un ejemplo, digamos que la numerosa familia de C y D vendió cuanto poseía para pagar el carburante del vehículo que los llevaría, desde la lejana provincia de P, en que vivían, a la bienaventurada provincia de H, donde había hecho su aparición la cosa. De modo que, cuando se dispusieron a partir, iban punto menos que desnudos, pero con una cara en la que se reflejaba la más inenarrable felicidad. Y algunos afirman que dicha familia pereció de hambre por el camino.

A su manera, todo el mundo resultaba, si no ya feliz, y, sobre todo, poderoso, sí con una alentadora proyección de felicidad y poderío. Proyección que, por otra parte, nunca perderían, pues aun cuando no diesen nunca con la cosa, en cambio, la seguirían buscando hasta el final de sus días en la seguridad de encontrarla.

En la localidad de P vivían dos hermanos casados con dos hermanas. Gente opulenta al extremo de poseer dos castillos, siete fincas y una cuenta en el banco que se contaba por millones. Si no jóvenes, al menos en esa etapa de la vida en que todavía se pueden hacer locuras y cabriolas, tanto físicas como mentales. Pero esas excelencias o taras —llámenseles como se prefiera— nada eran en comparación con la que podría ser denominada «la marca de fábrica» de esos dos matrimonios.

Ateos, librepensadores, escépticos furibundos, el sólo oír hablar de milagros los hacía montar en cólera. «Esos milagros no existen», decía el hermano mayor. «Dios es cuento de camino para dormir a los bobos», decía el hermano menor. Y sus respectivas mujeres les hacían coro, gritando como posesas: «¡Dinero, dinero!».

Y fue el dinero lo único que pudo uncirlos al yugó de los que iban en pos del talismán. El hermano mayor reunió a la familia y dijo: «Si el talismán lo concede todo, vayamos en

su busca. Si no es más que una impostura, nada perdemos. Seguiremos tan ricos y poderosos como ahora; si existe, seremos los amos del mundo; es decir, unos más entre los miles de amos que tendrá el mundo. Todo lo he pensado profundamente. ¿Qué papel haríamos entre millones de personas poseedoras del talismán?».

Pero estas hondas cavilaciones del hermano mayor, por ser tan hondas, requirieron muchísimos días de pensamientos, de manera que, una vez decididos, comprobaron con espanto que el simple hecho de trasladarse a la localidad de H resultaba ya prácticamente imposible. No podían contar con sus automóviles, pues los habían vendido a precios fabulosos; en toda la ciudad no lograron encontrar un auto que los transportase hacia dicha localidad. Igual cosa sucedió con las motos, las bicicletas y con la tracción animal. En cuanto a la navegación aérea y marítima, estaba copada por más de dos años, y pensaba el hermano mayor, con harta razón, que en ese lapso muy bien podría ocurrir que el talismán desapareciera como por ensalmo.

Cuando ya desesperaban de encontrar algún medio de transporte, el hermano menor llegó agitadísimo al castillo, gritando que Pancho estaba dispuesto a llevarlos en su auto. El hermano mayor lanzó una risotada y dijo: «¿En el auto de Pancho? ¡Pero si es un modelo de hace cuarenta años y para colmo está casi en las llantas!».

No obstante, fue a ver a Pancho, y éste dijo:

—Aunque mi auto es un modelo del año cuarenta, camina bien. Además, las gomas están, si no de paquete, en buen estado. Ahora; sólo pongo una condición para emprender viaje: este auto no puede correr más de treinta kilómetros por día. Si se le imprimiera mayor velocidad, expondríamos la vida; es decir, que si de treinta kilómetros pasara a cuarenta, empezaríamos a sacudirnos en el vehículo; si pasara de los cuarenta a los cincuenta, estaríamos amenazados de volcarnos; y si aumentara la velocidad hasta llegar a los cien, nos mataríamos todos.

—Pero a una velocidad de treinta kilómetros por día no llegaremos nunca —dijo el hermano mayor.

—Lo siento —respondió fríamente Pancho—. ¿Aceptan o no aceptan mis condiciones?

Tras hondas cavilaciones, el hermano mayor dijo:

—Las aceptamos. ¿Cuándo salimos?

—Mañana a las cinco de la madrugada.

A la hora prevista, Pancho estaba con su cacharro frente a la puerta del castillo. En el momento de subir al auto, el hermano mayor; haciendo un rápido cálculo mental, exclamó:

—¡Mil doscientos kilómetros hasta H! A razón de treinta kilómetros por día, significa que estaremos sobre este cacharro cuarenta días.

—Peor será no llegar nunca —aclaró filosóficamente Pancho.

Y, sin decir más, arrancó.

Comenzaba el viaje.

II

No bien habían salido de las afueras de la ciudad —después de cuatro días de lenta marcha—, el hermano mayor, sentado junto a Pancho, le hizo una pregunta, y por el modo de interrogar daba a entender que hacía su buen rato que le quemaba los labios:

—Dígame, Pancho: ¿por qué no alquiló su auto hasta hoy?

—Tuve que esperar mi turno —contestó Pancho.

—¿Su turno? No entiendo...

—Pues sí, señor. Tenía el último lugar de los cacharros. Hace dos días alquilaron el de Pedro, que hace sesenta kilómetros por día. Pero me alegro mucho —y soltó una carcajada—. Ahora ganaré cien mil dólares.

—¿Cien mil dólares? —dijo el otro, abriendo tamaños ojos—. ¿Y a quién se los ganará?

—A usted. Usted me va a pagar esa cantidad.

—Pare. Aquí mismo nos bajamos —dijo, iracundo, el hermano mayor—. No permitiré que me roben mi dinero.

—Como más le guste —y paró.

Pero no se bajaron. Después de una larga conferencia de oído a oído entre ambos hermanos, el mayor ordenó:

—Arranque.

Y el viaje continuó.

Al tomar la ruta nacional advirtieron, con espanto y dolor, que cientos de autos los pasaban a grandes velocidades. Algunos, afirmaba el hermano mayor, corrían hasta a ciento sesenta kilómetros por hora. Para colmo de monotonía, veían las sempiternas vacas y caballos a ambos lados de la carretera, las casitas y arroyitos. Calor y polvo, humo y moscas. Pero iban resueltos en busca del talismán. Cuando el cacharro recorría sus treinta kilómetros diarios, Pancho lo detenía, y no había fuerza humana capaz de moverlo de su sitio.

Así iban pasando los días, y al mes de este suplicio, los hermanos concibieron un plan infernal: ofrecerle un millón de dólares a Pancho, a condición de imprimirle mayor velocidad al automóvil. Pero nada de velocidades supersónicas; tan sólo hacer cinco horas por día a la velocidad de treinta kilómetros por hora. Así, esos diez mortales días que aún faltaban se reducirían a dos o tres. Pancho lo pensó mucho y acabó por aceptar.

Ambos matrimonios se mostraron con mayor ánimo, y hasta uno que otro chiste se oyó dentro del auto.

Pero en una bajada que hicieron en un motel se enteraron con espanto de que el talismán haría su última aparición al día siguiente. Tras un animado cambio de palabras entre los dos hermanos, llamaron a Pancho y le expusieron la situación.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó.

—Correr —dijeron a coro ambos hermanos.

—¿Correr hasta matarnos?

—No tanto —advirtieron al punto los hermanos—.

Correr lo más que podamos.

—Ya les dije que correr significaría la muerte. Con mi carro, pasados los ochenta kilómetros, de seguro que nos volcaríamos, y pasados los cien, muerte segura.

—¿Y si le ofrecemos diez millones? —dijo el hermano mayor.

—Aceptado —contestó inesperadamente Pancho.

Y el cacharro atrancó. Primero marchó a sus acostumbrados treinta kilómetros. Ya el hermano mayor iba a protestar, cuando se sintió agradablemente sorprendido: por primera vez en todo el viaje, las nalgas le bailaron en el asiento. Miró a su mujer, a su cuñada y a su hermano: advirtió en sus caras una expresión beatífica, ciertamente producida por el movimiento de sus nalgas.

—¿A qué velocidad vamos ahora? —preguntó el hermano menor.

—Nada más que a sesenta por hora.

—Acelere, amigo, acelere. No se arriesga el que no cruza la mar...

Entonces Pancho puso el auto sobre los ochenta kilómetros. Y ahí empezó la ronda infernal. De pronto, el vehículo onduló como la giba de un camello en plena carrera. El hermano mayor fue lanzado, o, mejor dicho, catapultado contra su cuñada, y dando con su cabeza un terrible encontronazo en la boca de ésta, le hizo saltar todos los dientes. A su vez, la mujer del hermano mayor, por efecto de la colisión de su marido contra la hermana, se vio despedida de la parte posterior del auto a la parte delantera, pero al ser catapultada por las piernas, éstas atravesaron el parabrisas, y la mitad de ellas, manando ríos de sangre, quedó colgada como las patitas de esos conejos de peluche que suelen llevar los choferes en sus vehículos para evitar accidentes.

A la vista de la sangre, el hermano menor, salvajemente excitado, gritó al chofer:

—¡Pancho, corra a cien!

—Cien es la muerte, señor.

—Le doy cincuenta millones.

—¡Corra a cien! Los cincuenta millones son seguros —dijo el hermano mayor, un tanto repuesto por el inopinado cambio de asiento—. Lo que no me explico —añadió, como retomando un pensamiento que acaso rumiaba cuando se produjo la colisión con su cuñado— es que usted, Pancho, no haya sido de los primeros en ir en busca del talismán. No quiero ofenderlo, pero tanto usted como el auto dejan ver a las claras un estado económico nada boyante.

—Ha dado en el clavo, señor. Yo diría un estado económico lindando con la miseria. Es por eso que cuando se produjo lo del talismán me dije: «¡No voy en ésta!».

—Ahora va en ésta. No me explico. Además, esperaba su turno, como usted dijo.

—Quise decir que yo solo, con mi mujer y mis hijos, no arriesgaría esta cafetera por un talismán que a lo mejor es cuento de camino. Pero con el dinero es otro cantar. Por eso le dije que aguardaba mi turno. Y de todos los choferes hambrientos, soy el más favorecido. Tengo un capital de sesenta millones —hizo una pausa y agregó—: ¿Corro a cien?

—¡A cien! —exclamaron los cuatro pasajeros.

Pancho pisó el acelerador. Por un instante, tan sólo uno, el cacharro se deslizó unos metros con la misma elegancia y desenfado de un auto último modelo. Pasado ese instante, y aunque sin perder la velocidad, Pancho no sólo no aflojó el acelerador, sino que pareció pisarlo más y más en un ímpetu demoníaco; la cafetera de la muerte se lanzó por una pendiente haciendo terribles zigzags, quedándose sobre dos de sus ruedas, cayendo con ruido de chatarra, volviéndose a levantar, para caer, al punto, sobre las otras dos ruedas. Por su parte, los pasajeros se apeñuscaban unos contra otros, y ya habían cambiado de sitio varias veces. En un terrible bote que pegó el cacharro, las piernas de la cuñada del hermano mayor fueron cercenadas por el parabrisas. Ella, haciendo un supremo esfuerzo, tendió los brazos para que no rodaran al camino, pero sus brazos, también cercenados por el parabrisas, se juntaron con sus pobres piernas en el asfalto de la carretera.

El auto lanzó de pronto como un alarido de dolor, como si, teniendo entrañas, un monstruo se las hubiese traspasado con una espada de fuego, y, alzándose por vez postrera en un torbellino de llamas y de humo, se despeñó hacia un abismo.

En su fondo los esperaba, fiel a su promesa, el talismán.

1974

El interrogatorio

¿Cómo se llama?

—Porfirio.

¿Quiénes son sus padres?

—Antonio y Margarita.

¿Dónde nació?

—En América.

¿Qué edad tiene?

—Treinta y tres años.

¿Soltero o casado?

—Soltero.

¿Oficio?

—Albañil.

¿Sabe que se le acusa de haber dado muerte a la hija de su patrona?

—Sí, lo sé.

¿Tiene algo más que declarar?

—Que soy inocente.

El juez entonces mira vagamente al acusado y le dice:

—Usted no se llama Porfirio; usted no tiene padres que se llamen Antonio y Margarita; usted no nació en América; usted no tiene treinta y tres años; usted no es soltero; usted no es albañil; usted no ha dado muerte a la hija de su patrona; usted no es inocente.

—¿Qué soy entonces? —exclama el acusado.

Y el juez, que lo sigue mirando vagamente, le responde:

—Un hombre que cree llamarse Porfirio; que sus padres se llaman Antonio y Margarita; que ha nacido en América; que tiene treinta y tres años; que es soltero; que es albañil; que ha dado muerte a la hija de su patrona; que es inocente.

—Pero estoy acusado —objeta el albañil—. Hasta que no se prueben los hechos estaré amenazado de muerte.

—Eso no importa —contesta el juez, siempre con su vaguedad característica—. ¿No es esa misma acusación tan inexistente como todas sus respuestas al interrogatorio? ¿Como el interrogatorio mismo?

—¿Y la sentencia?

—Cuando ella se dicte, habrá desaparecido para usted la última oportunidad de comprenderlo todo —dice el juez; y su voz parece emitida como desde un megáfono.

—¿Estoy, pues, condenado a muerte? —gimotea el albañil—. Juro que soy inocente.

—No; acaba usted de ser absuelto. Pero véo con infinito horror que usted se llama Porfirio; que sus padres son Antonio y Margarita; que nació en América; que tiene treinta y tres años; que es soltero; que es albañil; que está acusado de haber dado muerte a la hija de su patrona; que es inocente; que ha sido absuelto, y que, finalmente, está usted perdido.

1945

El otro yo

Cuando el señor X cumplió cincuenta años, decidió, después de pensarlo mucho, hacerse con otro yo. No sería ciertamente el *alter ego* que suelen usar los escritores en sus narraciones, sino una exacta reproducción de sí mismo. Se lo permitirían dos cosas: lo avanzado de la tecnología de su época y el dinero.

El señor X sólo tuvo que prestarse durante varios días a la copia fiel de su cuerpo y aportar los caudales necesarios.

No cansaré al lector con la exposición detallada de la profunda complejidad del hecho de copiar su cuerpo. Baste saber que, en el centro médico en que se realizó, reprodujeron con tanta fidelidad los órganos del señor X, la piel y la sangre, que no podía distinguirse entre la copia y el original.

Como la época era altamente científica y ya nadie creía en misterios, el señor X no se ocultó: terminado su otro yo, salieron a la calle ambos, semejantes como gotas de agua. Nadie hubiera podido decir quién era X y quién la copia.

Debo aclarar que el señor X estaba consciente de que él era X; y, asimismo, su otro yo estaba consciente de que era el otro yo de X. Como consecuencia, surgió cierta rivalidad entre el humano y el mecánico. Rivalidad asentada puramente en lo físico. Aunque iguales, el mecánico tenía la pretensión de estar «mejor terminado» que el X humano. Sólo mirar su piel resultaba prueba concluyente de este aserto: grano perfecto, sin manchas ni pecas; sin las «injurias del tiempo» que a los cincuenta años ya empiezan los hombres a ver en su piel.

Las relaciones entre ambos se complicaban, además, porque X conocía que no sobreviviría al X mecánico, y, por ende, el X mecánico tenía la certeza de que sobreviviría al X humano.

El señor X, molesto ante la perfección de su yo mecánico, se decía que, si bien cuando él muriera, el otro, él en

cierto modo, lo haría perdurar, con todo, le molestaba profundamente que lo sobreviviera. Por otra parte, había notado que cuando sus amigos se encontraban con el X mecánico —sin verlo a él—, elogiaban su apariencia deslumbrante, mientras que, en ausencia del mecánico, lo encontraban envejecido, comentaban que se marchitaba rápidamente. Pensaba que nada se arreglaría encerrándose en casa y haciendo salir al otro solo, copia perfecta, pero al fin y al cabo mera copia de su persona, tan sólo un producto de la alta tecnología. Se alegraba de su buen cuidado al pedir que lo dotaran de sus mismas facultades mentales. Habría sido un infierno si la copia dispusiera de un arsenal de inteligencia superior al suyo.

La crisis se produjo, sin embargo, durante el recibo dado por la encantadora Elena, al que asistieron el X humano y el X mecánico. Como ya la gente estaba familiarizada, no se sorprendieron al verlos. En realidad eran uno solo: cuando el X humano se hallaba apartado del mecánico, o éste de aquél, todos sabían que, aunque con conversaciones diferentes, hablaban con la misma persona. Asimismo, si estaban juntos, se dirigían, ya al uno, ya al otro, como si se tratara de una sola entidad. La tecnología, permitiéndoles estas disociaciones, destruía todo asombro.

Sucedió que en el desarrollo de la conversación surgió el tema de la muerte. La encantadora Elena, ya algo avejentada, dijo en un suspiro:

—¡Qué triste morir teniendo tanto dinero, tantos amigos estupendos y con tanto whisky como hay! —y lanzó un largo quejido.

—Bueno, Elena; eso, según se mire —dijo el X mecánico—. Yo, que soy producto de la alta tecnología, nunca moriré. Fui fabricado para la eternidad —miró desafiante a la concurrencia, y luego su mirada se llenó de conmiseración al encontrar al señor X. Arrastrando las palabras, dijo finalmente—: Lo siento por él. Le queda poco de vida.

Se hizo un silencio ominoso. Elena dio una palmada, y al instante acudió un sirviente con una bandeja llena de vasos con whisky.

—¡A beber, amigos! Aquí la muerte nada tiene que hacer.

Pero el X humano pensaba en la muerte del X mecánico. Lo acababa de decidir. Claro, no lo haría él mismo, no se mancharía las manos. Para eso estaban los tecnólogos. Un golpe rápido, y ese engendro no le sobreviviría. Dejaba a salvo, con esta supresión, la hermosa dignidad del hombre.

Durante una cita con los tecnólogos, expuso sus intenciones. Lo escucharon con esa frialdad espantosa que los caracteriza, y dijeron:

—Nunca destruimos lo que creamos. Nuestras creaciones son indestructibles. Usted morirá; él permanecerá, y con él, en cierto modo, usted. Cuando pasen varias generaciones, nadie recordará que él es mecánico, y, por tanto, nadie lo recordará a usted. Él permanecerá en la infinita sucesión del tiempo, siempre el mismo, y siempre representándolo a usted con dignidad y belleza sobrehumanas.

Aturdido, el señor X abandonó el despacho. Se sentía atrapado por la muerte. Podría recibirla, le estaba asignada, pero, en cambio, no podría producírsela a lo único que odiaba, al X mecánico, *alter ego* inmortal, insoportable e infalible.

Por fin, llegado el gran momento, el señor X, como todos los mortales, estaba en su cama expirando. Antes de que la muerte diera su golpe, mandó llamar al X mecánico. Éste se presentó grave, silencioso. Desde la cama, el señor X dijo:

—Te suplico que me sustituyas. Para todos, morirás como si fuera yo. Antes, enciérrame en el baño. Una vez que comprueben que tú eres el muerto, sacas mi cadáver, lo pones en la cama y te retiras. El resto lo harán mis criados.

—Se descubrirá la superchería —contestó el otro—. Sabes que soy inmortal e indestructible. Piénsalo. No sólo morirás; harás también el ridículo.

Pero ya el señor X no lo oía.

Pocos días después de la muerte del señor X, el X mecánico sufrió un accidente. Una sustancia radiactiva manchó su piel de nácar, asemejándola a la del señor X. Los amigos lo examinaron con atención. Comenzaban a sospechar. Primero se comentó en voz baja, después en alta, y, finalmente, todos

dijeron en público que quien había muerto no había sido el señor X, sino el X mecánico.

Los tecnólogos, al oírlos, se reían en silencio. Pero como la pública opinión es un arma mortífera, la opinión particular de los tecnólogos se vio abolida por la opinión universal. Al X mecánico no le quedó otro remedio que confesarse vencido: inmortal era el señor X en la voz de la opinión. Podríamos suponer el regocijo del señor X al pensar en que la radiactividad se había convertido en su aliada.

1976

Salón Paraíso

Pedro llegó a casa muy excitado. Sentándose, o, mejor desplomándose, en la butaca Chippendale que tanto le gusta, se aflojó el nudo de la corbata —evidentemente le faltaba el aire—, al tiempo que agitaba los brazos y abría la boca, emitiendo sonidos inarticulados.

—¿Qué sucede? ¿Alguna catástrofe?

—¡Ni pensarlo! —pudo al fin decir. Y entonces, de un tirón—: Acabo de ver la maravilla del siglo. A ti, que odias salir de noche, no te quedará más remedio que ir...

—¿Adónde?...

—Al Salón Paraíso.

—¿Y qué dan tan maravilloso en ese salón?

—¿Dar? Nada. No, espera; sí, dan..., dan un espectáculo.

—¿Con *striptease* y todo eso?

—No, hombre; dan... Será mejor que vayas tú mismo. Si te digo lo que dan, no dejarás de pasmartte, pero pienso que te debe coger desprevenido, como a mí.

—¿Te metiste allí como bala perdida?

—Estaba muy triste, y, como dicé la letra de ese tango: «Salí a la calle desconcertado, sin saber cómo hasta allí llegué...». Sobre una pizarra decía: «Sin interrupción, de seis de la tarde a doce de la noche. Duración del espectáculo: una hora. Una vez comenzado, se prohíbe el acceso a la sala».

—Te sigo oyendo.

—Pues miré el reloj. Faltaban cuatro minutos para las ocho. Compré la entrada y...

—¿Y qué más?

—Una hora de maravillas.

—Enuméralas.

—Mira —y Pedro se levantó—; no voy a enumerarte nada. Si quieres, vas; y si no quieres, no vas. Son las diez y treinta y cinco. A las once comienza de nuevo. Tienes tiempo. Queda en esta misma calle. Ahora me marcho. Te llamaré mañana.

Pensé: «Pedro no es nada tonto; tal vez, un exaltado; pero, como me conoce bien, nunca me molestaría con anuncios de *striptease* o de cuadros pornográficos... Ese espectáculo tiene que haberle causado una profunda impresión que, a lo que parece, no se puede transmitir verbalmente».

Mientras pensaba en esto, los minutos transcurrían. Ya eran las diez y cincuenta. De pronto, me puse el saco y corrí al Salón Paraíso. Saqué la entrada y penetré en un pequeño vestíbulo. Un ujier se me acercó:

—¿Quiere ver el show vestido o desnudo?

Y, ante mi cara de estupefacción, añadió:

—Si lo quiere ver desnudo, entre allí y desvístase; si lo prefiere disfrutar vestido, pase por acá, y sitúese en el mirador que más le guste...

Estuve por largarme. Olvidándome de la admiración de Pedro, me dije: «Lo de siempre, la pornografía, la solución fácil». Ya le iba a preguntar al ujier por la naturaleza del espectáculo, cuando me dijo, no sin cierta brusquedad:

—Se desnuda, se queda vestido, o se marcha.

Sin responderle, entré en el lugar que me indicara para los desnudos... Era una cabina de dos metros por dos, con varias perchas para colgar la ropa. Tan sólo eso. ¡Ah, no! De pronto, ví un cartelito sobre una puerta: «Acceso a la sala». Como mi madre me echó al mundo, la empujé.

Del mismo modo que el espectro de todos los colores, puestos sobre un disco, torna al blanco, si hacemos que éste gire a gran velocidad, del mismo modo, la deslumbrante, eneguedora luz que iluminaba el Salón Paraíso, dejándome momentáneamente ciego, me sumió en las tinieblas. Y así como el ojo de pronto advierte en su propia pupila un punto rojo, así también, en medio de las tinieblas y pasados unos instantes, vi —ya no sé si en mi propia pupila o dónde— varios puntos rojos. Dejándome guiar por ellos, llegué al fin a uno, que no era otra cosa que algo así como una banqueta. No bien

pude abrir los ojos —mis pupilas, al chocar con aquella fulguración, con aquel raptó satánico consumado por la luz desorbitada, se habían sentido como traspasadas por flamígeras espadas de arcángeles aún no imaginados—, no los alcé, temeroso como estaba de nuevas «heridas», sino que, bajándolos, los puse sobre mi propio cuerpo.

Pero no logré verme. Toda forma se había eclipsado. Sin exageración, podría afirmar que mi cuerpo era tan sólo porción y prolongación de la luz desorbitada. Si me lo sentía —sobre todo, por los apresurados latidos de mi corazón—, en cambio, no me lo veía. Lo que hasta ese momento fuera centro, áncora a la que desde nacido me acogiera, ahora, por haberlo la luz incorporado a su materia, se evaporaba, lo mismo que se evapora un cuerpo amado cuando deja de querernos. Y en la absoluta, torturadora necesidad en que me encontraba de verme el cuerpo, mientras más miraba, menos me veía, y a medida que veía menos, más me desesperaba.

Pese a saber que el espectáculo duraba una hora, la luz desorbitada tuyo la virtud de hacerme perder la noción del tiempo. No es que no pudiera calcularlo: habiendo entrado en el salón a las once, considerando que de la puerta a la cabina debí de consumir dos minutos, que los consumidos en intentar vanamente ver mi cuerpo raptado por la luz serían alrededor de cinco, mi reloj no podía marchar más allá de las once y media. Pero junto a esta medición mecánica del tiempo, sentía que ese otro que no marcan los relojes, el tiempo que llevamos dentro, y que no es otra cosa que la duración de nuestra propia vida y de la vida que nos rodea, no me seguía acompañando ya. Al igual que mi cuerpo, me había sido arrebatado por la luz desorbitada. Me hallaba en la embarazosa situación de quien, estando en una habitación a oscuras, y sin dar con el conmutador de la luz, se siente excluido del mundo a causa de una pérdida momentánea del sentido de la orientación. Sabe que al fin dará con el conmutador, pero el tiempo transcurrido hasta encontrarlo lo llevará a ser un puro objeto, como los que se encuentran en el cuarto.

Entonces pensé si alguien más que yo se encontraría en el lugar. Era de presumir que otros disfrutaban de la mara-

villá. Pero el silencio de muerte que reinaba en el Salón me llevó a creer que yo era el único espectador. Con el fin de cerciorarme, tosí ligeramente. Al instante, y a unos pasos, alguien me hizo sentir su presencia mediante una especie de resoplido. Y como una transmisión en cadena, en distintos puntos del Salón surgieron toses, suspiros, respiraciones fatigosas, y hasta, incluso, murmullos ahogados, semejantes a una orquestación inesperada.

Mas reinó de nuevo el silencio. Ahora la ansiedad, tal vez el placer, o el éxtasis quizá, podían alentar en cada uno de nosotros, de acuerdo con la capacidad de sentir el espectáculo.

Si lo era o no, habría que ponerse de acuerdo: hasta el momento, no lo era en absoluto, si nos atenemos a la palabra *show* empleada por el ujier. Llevábamos una media hora en el Salón Paraíso, y nada de lo que constituye un *show* había dado señales de vida —ni coristas, ni reflectores, ni *chanteuses*, ni, por supuesto, música—. En cambio, si por espectáculo entendemos algo que, en vez de recaer en los sentidos, apela al intelecto, entonces el Salón Paraíso nos ofrecía uno inusitado. Podía equivocarme y, a lo mejor, tendríamos un fin de fiesta con un cancan infernal e irrisorio. No se molesta ni se le hace pagar un elevado precio al público para tenerlo tan sólo una hora expuesto a una luz encéguecedora. Si el empresario del espectáculo no quería defraudar a su público; si su sentido comercial era, como es de suponer, práctico, estaba en la obligación de proporcionar algo infinitamente más «caliente» que el insoportable calor producido por millones de bujías.

En el instante en que hacía estas juiciosas reflexiones, sentí, más que vi, no una amortiguación de la luz —se mantenía tan intensa como al principio—, sino un parpadear de una fracción de segundo. Y si digo «sentí, más que vi», es porque mi cuerpo, sustituyendo a mi órgano de la visión, hacía las veces de éste, semejante a los insectos que, privados del sentido de la vista, avanzan o retroceden, esquivan el peligro, o se procuran el alimento por medio de sus antenas. Es decir: mi cuerpo, todo él antenas táctiles, se sintió tocado por ese parpadeo.

Por lo que al instante sobrevino, he pensado después que no se produjo tal parpadeo. Quizá todo se redujo —al me-

nos para mí, pues ignoro si el resto de los espectadores pasó por este trance— a que mi subconsciente se «fabricó» tal parpadeo como mecanismo de defensa. ¿O se produjo como premonición de la nueva fase en que iba a entrar el espectáculo? Nunca pude saberlo.

El caso es que, y para recurrir a una imagen, la divina luz del Paraíso dantesco, que nos asimilaba a su materia, si no divina, al menos tan arrebatadora, centuplicó su luminosidad. No sólo sentimos nuestros cuerpos definitivamente hechos de luz, sino que flotaban también en ella, al igual que los corpúsculos que forman su masa. Como la luz, perdimos la noción del tiempo y espacio. Y perdí más —quizás a su vez los otros—; perdí la noción de saberme vivo entre los vivos, en espera de estar muerto entre los muertos. Como la luz, era eterno. Sin tiempo, sin espacio, sin memoria, sin añoranza.

Pero el Salón Paraíso, lo mismo que su iluminación, era resultado del esfuerzo humano. Tan sólo espectáculo de una hora de duración, al cabo de la cual seríamos arrojados de nuevo a las riberas de la vida cotidiana.

Empero, la eternidad había pasado por nosotros. ¿Qué tiempo de eternidad? Como no tiene tiempo mensurable, vale decir: toda entera. De modo que, dentro de fundamentos estrictamente comerciales, sin que el empresario se hubiera propuesto regalarnos una congrua porción de éxtasis, a pesar suyo y del carácter sensacionalista del espectáculo, no sólo nos regalaba la congrua porción, sino todo el éxtasis de la eternidad. ¿Sería el caso preguntarse si en su cabeza anidaban otros pensamientos que los de tesaurizar afanosamente? Porque, bien mirado, ¿qué le ofrecía al público? Tan sólo oleadas de luz. ¿Pensaría que derramarla a raudales era toda una «sensación»? ¿Nos imaginaba hartos de ver siempre los mismos *shows*? ¿Qué se enriquecería con este espectáculo?

De vuelta a casa, estas preguntas, y otra, la más importante, me tuvieron en vela el resto de la noche. La pregunta importante era: «¿No sería un engañabobos asistir otra vez al Salón Paraíso?». El ser humano rechaza lo infausto a tal punto, que comete la puerilidad de enunciar en forma de pregunta lo que es certeza desoladora. El espectáculo era de tal natu-

raleza y calibre que nos era dable verlo por una vez solamente. Que así lo hubiese concebido el empresario, o que el ingrediente del éxtasis fuese un suplemento azaroso, no hace al caso. Lo cierto es que tal éxtasis, por el hecho de depender del elemento sorpresa, cesaría automáticamente al fallar ésta. Volver al Salón Paraíso sería algo infinitamente grave: la maculación y la consiguiente pérdida del éxtasis, no tan sólo una pérdida de tiempo.

De tal éxtasis, semejante a una amputación brutal, fui arrancado. El parpadeo que precedió al redoblamiento de la luz había sido, como la llama a punto de extinguirse, el aviso de su postrera y más brillante iluminación. Ese parpadeo llevaba, en su señalamiento, la advertencia de lo ineluctable: «Brillaré intensamente —diría la luz—, y luego me apagaré para siempre». Pero no se apagó de golpe. Empezó a decrecer por grados, pasando sin transición de la luz redoblada a una iluminación que, aunque brillante todavía, permitía ver claramente, y sin ofuscamiento, a personas y cosas.

Sacado brutalmente del éxtasis, pensé, con harta ingenuidad, que de un momento a otro seríamos anegados de nuevo en él. En vilo, y mientras me preparaba para el nuevo chapuzón en la luz, paseé la vista por la concurrencia. Ahora veía cuerpos lechosos que, en su inmovilidad, parecían medusas incrustadas en un banco de coral. Tendiendo la vista, alcancé a distinguir las cabezas de los que habían preferido disfrutar el espectáculo desde el mirador. Tan inmóviles como los desnudos del Salón, semejaban formar parte de la decoración del lugar.

Como si temiera una revelación fatídica, no miraba donde debía mirar: a lo alto, a ese espacio que se me antojaba inefable, y del cual dimanaba la luz. Por fin, me decidí. Del techo colgaban cientos de lámparas, que iban desde la gran araña hasta la provista de un solo bombillo. Y justo en el momento en que me puse a observarlas, y como si hubieran estado aguardando por mis miradas, chocaron suavemente unas contra otras, produciendo una especie de murmullo en el que me parecía adivinar esta exhortación: «De acuerdo con tu luz, elige entre nosotros tu lámpara votiva...».

Mi enfebrecida imaginación me llevaba a divagar. Quizá chocaban mecánicamente, movidas por una corriente de aire o por la mano del hombre. Pero yo las dotaba de intelecto, en mi patético afán de encontrar respuesta.

Y aunque fuese tan sólo puro azar, al mirar más atentamente, descubrí en el centro del techo una araña que, por sus dimensiones colosales, parecía decirme: «Seré lámpara votiva de aquel cuya alma sea tan luminosa como yo...».

Me absorbí en su contemplación. A medida que, fascinado, la observaba, se hacía más y más colosal. El techo, al mismo tiempo, se me aparecía como una de esas típicas y arrebatadoras apoteosis del Tiépolo.

Lenta, pero ininterrumpidamente, las luces se fueron amortiguando. Bajé la vista, y de nuevo la paseé por el Salón. Apenas distinguía los cuerpos reclinados en los asientos. ¿Acaso el empresario había proyectado sumirnos en las tinieblas para, de golpe, prender todas las luces y anegarnos otra vez en el éxtasis? No pude hacer una nueva conjetura. El Salón se sumió por entero en las tinieblas. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, distinguí al fondo una lucecita expirante. Era, sin dudas, la llama de una vela. Por lo que pude apreciar, se hallaba en el suelo. Me incorporé para ir en su dirección y tratar de encontrar la salida, pero no me dio tiempo. Una ráfaga helada atravesó el Salón Paraíso, y la lucecita se extinguió. Al parecer, había terminado el espectáculo.

En la funérea playa fue

Las plantas se fueron secando; al parecer, por la redoblada incidencia de unas presencias lúgubres que, no por irreales, eran menos corrosivas. El muérdago mismo —parásita planta de jugo viscoso— tuvo que someterse a las presencias lúgubres; purulento se fue haciendo, y la purulencia, piedra, hasta que la tierra toda se hizo lúgubre. Las altifolias entonaron su canto de horror, que es como la sangre que gotea de una carótida. De modo que, y en el momento en que la altifolia magna daba un *do* sobreguido de sangre —espesa y negra—, ella dijo:

—Te esperamos el sábado.

—¿El sábado? —preguntó él.

—Es un buen día —precisó ella.

—Malo —aclaró él—; precisamente ese día...

Y se calló. Las altifolias le rozaron la boca. Pero fue suficiente para que sintiera el gusto a sangre, uno de los horrores que más insoportables le eran: ellas, las altifolias, navegando en un vientre salobre, se introdujeron y sacaron de su paladar unas fibrillas —no restos de comida, sino congojosidades ultraterrenas— largo tiempo allí anidadas, tan largo tiempo, que hasta aovado habían unos huevecillos que al rebrillar del sol dejaban traslucir la desolación propia de los melancólicos; pero pronto se desintegraron.

—¿Precisamente qué?... —preguntó la mujer.

—Precisamente el sábado es el día en que voy a morir.

—¿Tienes problemas?

—Es el único —contestó él.

Las altifolias vociferaron. Ella, situada en otra región, no podía oírlos. Se lo advertían, pero la mujer no comprendía las señas, de modo que las intripificenas la obturaron, dejándola en la pura contingencia terráquea.

—Entonces no hay problema. —dijo ella—. Nadie sabe la hora de su muerte.

Algo le tapó la boca, como la bosta de una vaca hecha manotazo, pero con garfios que desgarran. Ella no se percató, porque, siendo terráquea aún, no columbraba los columbros que hay tras el ser, de modo que prosiguió hablando en la jerga terráquea. Por su parte, él, interráqueo, o a punto de serlo, regustó la bosta-manotazo, y la miró a ella con la densidad visional de las pigloterías —plantas agoreras que crecen en las orillas de los ríos interráqueos.

—Y si es cierto, ¿cómo lo supiste? —preguntó ella.

—Me llegó por correo un humeclofante.

—¿Qué es eso?

—Un mensaje que sólo se recibe a la extremidad, es decir, la GRAN EXTREMIDAD.

—¿Qué decía?

—Sábado con hormigas. Sin apelación.

—¿Con hormigas dónde?

—En la boca.

Entre las léntulas se deslizaban presurosas las málgalas, las fecundaban, y, siguiendo al *larvatus prodeo*, se iban gritando la consigna, de la que salían millones de hormigas negras, rectas a la boca de él; ella, por supuesto, terráquea y terrosa, no las vio, de forma que perfiló, es decir, le pasó los dedos a él por la boca, y extrajo un grano de polvo hormigado, y lo depositó en la palma de su mano, de ella, pero no lo vio, porque las léntulas se interpusieron, dejando caer un velo de málgalas.

—Tú estás loco —exclamó ella.

—Loco por la llegada del sábado —sentenció él.

De su pecho —más que mazmorra, poterna de castillo roquero— brotó un lamentoso que untó su cuerpo —el del lamentoso— con pez plicantulácea, que es más pegajosa, de manera que, dando un rebote, vino a quedar pegado a su propio cuerpo —el del lamentoso—, con lo cual se hizo aún más gigantesco —ya lo era de por sí—, y tanto, que una nube nubló la faz de la Tierra. La terráquea —la mujer— se ensombreció, para verse el cuerpo detrás de la sombra, y la sombra detrás del lamentoso.

—Allá tú —dijo ella.

—Allá estaré el sábado.

—¿En la playa? —puntualizó ella.

—No faltaré —confirmó él.

La mujer lo golpeó en la boca con un ramo de interjerplinas sonoras: «¡AH-EH-OH-AH-EH-OH!» Cada interjerplina, al chocar contra los labios de él, profería: «*Perinde ad cada-ver*», con lo cual él se fue poniendo rígido, a tal extremo, que le fue preciso a ella, para descadaverizarlo de momento, neutralizar el efecto causado por las interjerplinas, mediante la colusión del anticadáver de él entre ellas. Se agostaron de golpe, recobrando él la poca vida que le quedaba.

—Quiere decir que irás muerto el sábado.

—Muerto —repitió él, con las *oes* tan cavernosas, que de ellas salían miasmas, y hasta faraones.

Se despidieron. Él, como trasgo; ella, como enjalbegada, de blanca que estaba; achicada, empalidecida, sarmentosa. Todavía él le dijo: «Muerto», esta vez con muchas más *oes*, con miasmas más alterosas, con faraones más recónditos.

Mediaron los días entre el día del diálogo y el sábado. Mediaron adoptando la forma de barcazas repletas de peces podridos. Ella, en la casa situada frente a la playa —tan situada, que las olas entraban como vergas enhiestas—, olía esa podredumbre de los días intermedios, y lograba, a través del olor, configurar el cuerpo de él —de él, que en la ciudad andaba con la nariz metida en su propio cuerpo a fin de encontrar la *causa efficiens* de su inminente putrefacción.

Lógicamente, en la ciudad hubo vida en esos días intermedios, pero él no podía advertirla: cendales negros se le metían de continuo en los ojos. Puso sobre aviso a la Policía acerca de su caso; es decir, el caso de alguien todavía viviente que, estando por morir un sábado —el sábado—, no puede ser considerado un muerto, aunque tampoco un vivo, ni tomar las medidas del caso; a saber: hablar, por cuanto aún está vivo, pero no escuchar la respuesta, por cuanto sería la de un muerto.

Y a la playa llegó el sábado al cantío de un gallo. Ella, de puro expectada, deslizado ya su cuerpo de la cama. Él entró por donde siempre se entra en una casa, y la puerta se sobreco-gió; más todavía, se encabritó como un caballo espantado, y ahí fue cuando ella lo vio en el zarandeo del sismo puertal, con la voz sísmica a su vez, diciendo:

—Aquí estoy.

—¿Muerto? —preguntó ella.

—Muerto —repitió él, ahora con las *oes* tan reduplicadas, que la casa entera se llenó de ellas, atrayendo a una nube de murciélagos y de galápagos.

Justo en ese momento, sonó el teléfono. Ella, por verse impedida, las manos hinchadas de las *oes* surgidas del «muerto», pronunciadas por él con tanta enfatización, dijo:

—Atiende al teléfono.

Él, desembarazado, expedito, ya sin cogitación que impidiérale el deambular, deambuló hacia el aparato, lo cogió —pulsándolo—, oyó lo que tenía que oír, colgó y le comunicó a ella:

—Dice tu hermana que yo he fallecido a las cinco de esta misma mañana.

—Luego era verdad —dijo ella.

—*Es* verdad —corrigió él.

—Pues esfúmate —ordenó ella, con la suficiente autoridad de un ser viviente ante un cadáver.

—Al punto —contestó él, con todas las obsecuencias del caso.

Y se esfumó.

Incontinenti, se dispersó, molido por fragancias florales, el olor a pudrición. Los murciélagos volvieron a sus an-tros, y, a sus anfractuosidades, los galápagos. Un cortejo de interjerplinas resonó, como música de esferas.

Entonces, ella fue a la cocina para colar el café.

Tadeo

Al cumplir los sesenta años, Tadeo realizó una recapitulación de su vida. Y el saldo no resultó desfavorable. Buen trabajador, buen padre y buen esposo, buen amigo... Nunca una riña, ni siquiera lo que se conoce por «estar peleado». De verlo bonachón y consecuente, todos decían que le faltaba espíritu crítico, y que carecía del don de la ironía. En varias ocasiones llegaron a sus oídos estos comentarios, pero Tadeo, que era el buen humor en persona, y que, en cierta medida, tenía sentido del humor, se apresuraba a decir: «Más vale ser de espíritu manso. Así puedo ayudar a mis semejantes».

De modo que, al cumplir los sesenta años, Tadeo podía afirmar, con las limitaciones del caso, que era un hombre feliz. Sin dudas, comenzaba para él una vejez dichosa.

Pero hacia los sesenta y cinco se produjo un cambio capital en su vida; diríamos, aunque sin gran precisión, un cambio anímico. Pese al sinnúmero de cosas que escapan a nuestra comprensión, tratamos de todos modos de definir las, de ponerles su etiqueta; haciéndolo así, nos sentimos en cierta medida tranquilos; quiero decir: formalmente tranquilos.

Y tal cambio capital era de naturaleza tan recóndita que, a primera vista, se hubiera tomado por un caso de locura. ¿Cómo es posible que un hombre, hasta sus sesenta años ejemplo de mesura y orden, de tacto, se desorbite, y caiga de pronto, pura y simplemente, en el exhibicionismo?

Ya estamos de lleno en la definición. Porque habría que ponerse de acuerdo sobre si, en realidad, se estaba frente a un exhibicionista. De este caso se lee en el *Diccionario de la Lengua*: «Obsesión morbosa que lleva a ciertos sujetos a exhibir sus órganos genitales. Y, por extensión: el hecho de mostrar en

público sus sentimientos, su vida privada, los cuales se deben ocultar...».

A reserva de exponer en detalle lo que con el tiempo llegó a conocerse como «el caso Tadeo», ninguno de sus difamadores, ninguno de los murmuradores, ninguno de sus acusadores —los hubo, y encarnizados—, se detuvo un momento a pensar si eso que había cambiado bruscamente la vida de Tadeo era, pongamos por caso, una exigencia de su espíritu.

Pensamos esto los que, habiendo sido amigos íntimos, seguimos su vida paso a paso. ¿Sería posible que Tadeo, personificación del recato y del pudor, de la continencia, se desorbitara, pura y simplemente, por molestar? Nos negamos a aceptar tan insigne demostración de pequeñez de alma. Por el contrario, y a juicio nuestro, su actual «rareza» respondió a una verdadera grandiosidad de alma.

Tadeo, casado desde los treinta años, tenía un hijo. Y cuando se le manifestó aquella «rareza» que dio al traste con su reputación, el hijo contaba veinticinco años de edad. Una tarde en que la nuera y la mujer de Tadeo habían salido de compras, el padre le dijo de sopetón:

—Cárgame.

Creyendo haber oído mal, el hijo replicó:

—¿Qué?...

—Que me cargues.

—¿Te sientes mal?

—Al contrario, me siento bien. Pero, si no me cargas, me sentiré mal.

El hijo, conocedor de la clase de hombre que era su padre, se quedó muy confundido, y sólo acertó a decir:

—Papá, deja eso.

Tadeo, de suyo tan comedido, se enfureció, e increpó inesperadamente a su hijo:

—Nunca hablo en broma. Jamás te he gastado una broma, y mucho menos, una como ésta. No puedo seguir luchando contra la necesidad de que alguien me lleve en sus brazos.

Entonces, dulcificada súbitamente la voz, añadió:

—Cárgame unos minutos. Eso me calmará.

El hijo se veía frente a un abismo; el orden lógico trastocado. Pensó en su tierno hijito, que apenas llegaba al año, y al que, como padre amoroso, gustaba de llevar en sus brazos. Y su padre, ahora, con sesenta y cinco años, le pedía que hiciera lo mismo con él. Tan turbado se sentía, tan confundido, que no supo hacerle frente a la situación. Luchaba entre el debido respeto a su padre, y esa idea —obsesiva ya— de que éste había enloquecido de súbito. No sabiendo cómo salir del paso, dijo:

—Ahora no puedo. Tengo que ver a un amigo.

—Si no me cargas —repitió Tadeo— voy a sentirme mal. Mira —agregó luego como explicación—, esta necesidad la vengo experimentando desde hace unos cinco meses. Sé que hasta el último ser dotado de sano juicio me tomaría por un demente. Sin embargo, no lo estoy. Si apartamos esta imperiosa necesidad de que se me tome en brazos —y añadiré, de que se me acunie como a un niño—, mi vida y mis actos son los de siempre. Sigo siendo el buen esposo que tu madre eligió; el mismo buen padre que, desde que tienes uso de razón, conoces...

Se quedó callado por un instante, y añadió con infinita desazón:

—Qué quieres... Como dice la canción: «... la vida es así, y no como tú quisieras». Esta necesidad imperiosa se ha presentado de golpe y porrazo. Si no la manifestara abiertamente —como acabo de exponértela—, entonces sí me volvería loco.

Hizo otra pausa, y añadió casi llorando:

—He llegado a pensar que tal vez esté en el caso de necesitar ser consolado...

El hijo lo interrumpió:

—¿De ser consolado?... Las personas que más amas en este mundo disfrutamos de excelente salud. Y, que yo sepa, nunca te hemos faltado en nada. No veo por qué tendrías que ser consolado.

—No es más que una conjetura. El hecho real y efectivo es que necesito ser llevado en brazos.

Y, con una suerte de pudor, añadió:

—Sé lo grotesco de mi caso. Llevar en brazos a un viejo, y a un viejo de mi corpulencia, sería motivo de hilaridad universal. Representate la situación. Pido, digamos, a un soldado que me tome en sus brazos. Digamos que acepte mi ruego. Ya estoy en sus brazos. ¿No oyes las carcajadas de la gente, los comentarios? Y, de persistir él y yo, hasta nos tirarían piedras.

—Tú mismo lo ves, papá. ¿Y todavía insistes?...

—No temas. Completa la frase..., en tu locura. Pero, hijo, aparta tal idea. Estoy más cuerdo que tú mismo. Sólo que mi necesidad de ser llevado en brazos es ineludible e imposterizable. Como no tengo otra alternativa, veo mi delicada posición, y la estudio desde todos sus ángulos.

—Consulta tu caso con el psiquiatra.

—Ya lo pensé. Prefiero, a la curación, el mal.

—¿Y dices que no estás loco? Eres el primer enfermo que no aspira a curarse.

—Un mal necesario —y el mío lo es— exige la curación, no mediante el tratamiento psiquiátrico, sino siendo llevado en brazos. Estoy dispuesto a arrostrar befa y escarnio, encarcelamiento y, tal vez, la muerte.

—Papá, nuestras conversaciones han versado siempre sobre la familia, el país; acerca de nuestros respectivos oficios; en fin, sobre todas esas menudencias que nos ayudan a vivir. Pero nunca me hablaste en un lenguaje que yo no entendiera. De no ser tú quien me dirige la palabra, pensaría que me están tomando el pelo.

—Te respeto demasiado para tomarte el pelo. Mala suerte si no entiendes mi lenguaje.

Se recostó a la pared, como quien está próximo a tener un vahído.

—También sería posible que la gente comprendiera, comprendiera como lo comprendo yo: si un ser humano me pidiera que lo llevara en brazos, lo haría gustoso. Y, sobre todo, no lo angustiaría con preguntas. Ése es el problema, hijo mío: la infinita comprensión.

Como asunto que debe ser resuelto en el seno del hogar; como uno de esos secretos de familia, de esas vergüenzas o es-

tigmas que se esconden celosamente, miró el hijo a su alrededor, miró a Tadeo, y con aire de contubernio dijo:

—No tengo esa infinita comprensión, pero te debo respeto y te amó. Mi conocimiento del mundo y de las gentes no alcanza, no llega a esos abismos en que un padre necesita ser cargado en brazos por su hijo...

—No solamente por su hijo: también por otras gentes —aclaró, inesperadamente, Tadeo.

—Bien; para el caso es lo mismo —dijo, no sin cierta irritación, el hijo—. Si te debo respeto y amor, estoy dispuesto a llevarte en brazos. Pero, papá, solamente en casa, y cuando ni mamá ni mi mujer estén presentes.

Sonrió Tadeo y, acercándose al hijo, respondió, con el acento encantador de un niño:

—Me conformo.

Entonces el hijo, como el que apura su cicuta, lo cargó, y lo tuvo en sus brazos por espacio de unos cinco minutos. Lo dejó luego sentado en una silla, y salió a la calle, en busca de aire. Literalmente, se ahogaba.

Pero Tadeo estaba necesitado de una arena más vasta. Prescindiendo de cuanto podría llamarse «la reputación de la familia», se lanzó, a los pocos días, en busca de gentes que lo tomaran en sus brazos. Volvía a la casa, las más de las veces, magullado, raída la ropa. Y cuando intervenía la Policía, el hijo debía afrontar la situación. Esto constituía materia para amargos reproches.

Tadeo era inflexible e imperturbable. No le importaba que cien personas se negaran a cargarlo, que otras se burlaran o lo escarnecieran, si una al menos aceptaba. Este hecho constituía para él tan gran felicidad, que todo lo amargo, los gestos agresivos o la hostilidad de los demás podían darse por bien empleados.

Para facilitar las cosas —que su peso no resultara gravoso—, adelgazó rápidamente. A los pocos meses era ya su propia sombra. Afirmaba que su espantosa delgadez animaba a las gentes a tomarlo en sus brazos.

Se marchó finalmente de su casa. Dormía bajo los puentes y comía sobras. Pero un adepto que ganara, que gustosa-

mente se prestara a cargarlo, y esos breves momentos de exposición en los brazos de un semejante, eran la justificación de su vida. Y tal vez, ya que predicaba con el ejemplo, los seres humanos podrían darse a la hermosa tarea de cargarse los unos a los otros.

Un fogonazo

Justamente frente a la casa de Alberto, al auto de Gladis se le ponchó una goma. Ella tocó a la puerta para pedirle ayuda. Fue Juan quien abrió, diciéndole: «Pase, señora». Pero Gladis no entró. Echó hacia atrás el cuerpo, en instintivo movimiento de defensa. «¿Alberto no se encuentra? —preguntó. Cerrando el puño y haciéndolo girar cerca de la oreja, Juan le dio a entender que estaba al teléfono. Al mismo tiempo, suavemente, repitió—: Pase, señora».

Al entrar, Gladis sorprendió a Alberto de rodillas en un confesionario. Escuchaba, atento, cuanto decía una desconocida, también de rodillas. Alberto vestía de sacerdote, y la mujer estaba desnuda. La escena resultaba rebuscada en extremo, incluso cursi, o, si se prefiere, de alocada ingenuidad.

Ante semejante decorado, Gladis reprimió una carcajada. ¿Sería un juego, o Alberto habría enloquecido? Sólo demente, un hombre como él cambiaría el aspecto de la sala hasta el colmo de instalar un confesionario y vestir ropas sacerdotales.

—Tenga la bondad de sentarse —dijo Juan, ceremoniosamente—. ¿Quiere una copita de brandy o de menta?

Sin aceptar sus invitaciones, Gladis se adelantó hacia el confesionario, al mismo tiempo que preguntaba:

—¿Se puede saber qué haces ahí?

Rápido como el rayo, fue Juan quien respondió, con evidente grosería:

—Confiesa a Marta.

Al escuchar su nombre, Marta se puso de pie, y, dejando ver una sonrisa encantadora, se adelantó con la mano extendida:

—Mucho gusto. Tengo tantos pecados como las arenas del desierto...

Se inclinó en una reverencia ceremoniosa, y ocupó de nuevo su sitio en el confesionario.

Gladis pensó, esta vez, que los tres se divertían. Posiblemente, preparaban una broma para alguien a punto de llegar. No para ella, por supuesto, que los había interrumpido. Entonces, sin acordarse del ponché de su goma, decidió ponerse a tono:

—Pues yo también quiero confesar mis pecados.

—Si yo la autorizo, tendrá que hacerlo como vino al mundo —advirtió Juan.

Gladis se arrepintió de su decisión: en la voz del desconocido Juan creyó percibir una firmeza muy distante de cualquier comicidad. Aunque podía, tras haber agotado lo humorístico de la situación, regresar a la normalidad y sostener una animada conversación en serio. Reconfortada por este razonamiento, dijo:

—A usted me encomiendo. Es cierto que no nos han presentado; Alberto pone el alma en el desempeño de su ministerio, y parece que ni siquiera me ha visto entrar, pero ya somos como viejos amigos. Me expondría desnuda con tal de poder confesar mis pecados, mortales por necesidad. Además...

Pero Juan la interrumpió con brusquedad:

—No es usted quien debe calificar sus pecados —y señaló una silla—: Siéntese; y no vuelva a abrir la boca.

Para broma, ya era demasiado. Ofendida, Gladis inició una débil protesta. Ignoraba que, precisamente, no le sería permitida protesta alguna, por débil que fuera. Y obtuvo la evidencia cuando Juan, pasando de golpe del comedimiento formal a la más ultrajante brutalidad, la sentó en la silla y procedió a amordazarla con un pañuelo que, semejante a un mago, había sacado del bolsillo de su frac.

Sumida en abismos, pasó sin transición de la extrema seguridad a la inseguridad extrema. Hasta este instante —eran las seis de la tarde—, su día se había deslizado armoniosamente. Gladis hacía todo lo posible porque su existencia transcurriera placentera, sin conflictos dramáticos. Levantada a las nueve, desayunaba media toronja y unas tostadas secas; a las diez, recibía a su masajista; de once a una, leía; tomaba des-

pués un baño, almorzaba, dormía una siesta, y dispuesta para el trote, hacía visitas, jugaba al *bridge*, se iba al cine o a un baile, cosas todas que, desde su punto de vista, constituían el encanto de la vida.

—Usted se lo ha buscado —oyó decir a Juan con inflexión irritada—. También Marta se lo buscó. Tan pronto conozco a alguien, le pregunto qué no haría a ningún precio. Se lo pregunté a Marta, y me respondió que odiaba la confesión y el desnudo. Su confesión será inacabable, y la hará siempre desnuda. Tendrá que inventar pecados, veniales y mortales. En cambio, usted, a quien le encanta confesarse y estar desnuda, estará vestida, y la mordaza la hará callar.

Mientras lo escuchaba, a Gladis le parecía hallarse bajo los efectos de una pesadilla. Si despertara, se iba a reír de lo lindo. Para ella, en la vida real, no podían suceder tales cosas. ¿Qué sentido tenían el confesionario, el hábito de Alberto, la desnudez de Marta, aquel tipo vestido de frac, que hablaba de una manera extraña en un criado? ¿No era un criado, un mayordomo? Llegada a este punto, sin respuestas, se evadió, desarrollando *in mente* un programa para la noche. Calculó que el arreglo de su auto llevaría, a lo sumo, una hora. A las siete estaría en la conferencia de dietética del eminente profesor Brown; pasaría a las ocho por el Hospital de Maternidad: Adela acababa de tener un hijo; a las nueve se reuniría en un restorán con su amante; irían a las once al estreno de un filme, y terminarían la jornada en una *boîte*. Después, a dormir el sueño de los justos.

Naturalmente, un programa tan ameno constituía una aproximación, de acuerdo con el sentir de Gladis, al inalcanzable paraíso que todo ser humano espera disfrutar en la Tierra. En cambio, la sumían de golpe en el infierno. Y en éste, por el momento, condenada a estar amordazada y a merced de un vesánico.

Tal pensamiento la devolvió a la realidad, y otra vez el terror se apoderó de ella. Desorbitados, sus ojos iban de Juan a Alberto y a Marta. ¿En qué pararía la situación en que se hallaba atrapada? ¿Duraría una hora, cuatro, diez, o se prolongaría acaso por días, meses, años? Y sobre todo: ¿cuál sería el

desenlace? ¿La muerte, rápida y brutal? ¿O lenta, e igualmente brutal?

Juan, como adivinando sus pensamientos, le quitó la mordaza. Ella quedó más enmudecida, y él se encaminó a la habitación contigua. Volvió al instante con unas disciplinas, que empuñaba en la mano derecha. Ordenó a Marta y a Alberto suspender la confesión, que ella se vistiera, y que Alberto cambiara sus ropas sacerdotales por un traje. Mientras se vestían, obedientes, sirvió cuatro copas de oporto, las puso sobre una mesa y se dirigió a Gladis:

—Hable hasta que, asqueada de las palabras, me pida la mordaza.

Y la agitó ante sus ojos espantados.

A Gladis, la perspectiva de verse obligada a hablar durante un tiempo indefinido, en una situación sin escapatoria, le causaba una desazón infinita. Atropelladamente, como si las palabras, dichas con temor, se deformaran, exclamó, poniéndose de pie:

—Mi madre agoniza en el hospital. Avisaron por teléfono a mi casa. Señor, déjeme ir.

Con una calma espantosa, Juan ordenó:

—Siéntese.

Y dijo, tras degustar con delectación el oporto:

—No sé si ignora que hay dos mundos: el que circunda esta casa y el de la casa misma. La comunicación entre ambos está cortada. Olvídese del mundo exterior y concéntrese en éste.

—Pero mi madre... —gritó, posesionada de su mentira.

—Si su madre estuviera entre nosotros, sería el primero en prodigarle solícitos cuidados. Desgraciadamente, se encuentra en la otra parte del mundo que ya he mencionado.

En ese momento reaparecieron vestidos Marta y Alberto. Juan les indicó que tomaran asiento:

—Como corresponde a personas bien educadas, vamos a presentarnos.

Semejantes a actores en un escenario, los cuerpos se inclinaron ceremoniosamente. Entonces, Juan, mostrando una

encantadora naturalidad, unida a una insigne perfidia, exclamó:

—A conversar largo y tendido.

Por estar posesionada de su mentira, por la angustia que la devoraba, Gladis protestó:

—Señor, mi madre se muere.

Decididamente, no se acomodaba a la nueva situación. Si hubiera tenido dos cuerpos, habría dejado uno en la casa de Alberto para ir con el otro en busca de su mundo cotidiano.

A manera de advertencia, Juan agitó las disciplinas, diciéndole:

—No vuelva a mencionar a su madre. Nuestra comunidad no se interesa por ella. ¿Entendido? Y ahora, entremos en materia. Contaremos una historia. Yo la empezaré, y ustedes la continuarán. Como nuestro objetivo es la narración, haremos caso omiso de todo encadenamiento lógico. Advierto que cualquier falta en la exposición les valdrá unos cuantos azotes con estas disciplinas.

—Carezco por completo del don de la invención —dijo

Marta.

—Lo mismo me pasa —opinó Gladis.

—Nunca se me ha ocurrido contar una historia —aclaró Alberto.

—¡Qué más da! —exclamó Juan, mostrando un gran desprecio—. Inventen sin pies ni cabeza. El modo de conseguirlo es hablar sin parar.

Los cautivos se miraron con estupor infinito. Ninguno tenía deseos de contar nada. Comenzada la narración, se sentían tan vacíos como el vacío absoluto.

—En el siglo pasado —comenzó Juan—, exactamente en 1860, el gran explorador inglés Cook descubrió, en lo más intrincado de la selva africana, en la región del río Zambeze, una ciudad que era la réplica exacta de Londres. Y como para un inglés no existe otro Londres que el de Inglaterra, dio por seguro que su viaje había concluido. Después de quitarse el polvo del camino, fue a presentarle sus respetos a la reina Victoria...

Aquí interrumpió su relato, e hizo señas a Gladis de que lo continuase. Ésta, sin poderlo evitar, lanzó una carcajada estridente:

—A mí me sacan del pastel —exclamó.

Un golpe de correas en plena cara fue la respuesta de Juan.

—Por favor —dijo Alberto—, obedece al señor.

Ella se sintió definitivamente perdida, su bella cara inundada en lágrimas. No se encontraba en un salón jugando al *bridge*, rodeada por las seguridades previstas para una dama del gran mundo. Por el contrario, algo extraño irrumpía en éste, y cambiaba su encantador mundo por otro nefasto. Juan, y no ella, era el dueño de sus actos. Y, precisamente, cuando Juan le alargó un pañuelo con que secar sus lágrimas, la asaltó el horrible pensamiento de que esta encerrona podía eternizarse. Conocía el momento de su inicio, pero ignoraba el final.

—Esperamos por usted —y Juan agitaba las disciplinas.

Por simple instinto de conservación, y por las miradas implorantes de Alberto —sin duda él temía represalias más sangrientas—, Gladis, con enorme esfuerzo, continuó el relato:

—La reina recibió al explorador en audiencia privada y le dijo: Sir Cook, lo nombro jefe de la expedición de rescate de tres infortunados que están a merced de un vesánico en la ciudad de X.

Se calló, arrepentida de su audacia. Esperaba un nuevo correazo. Para su sorpresa, Juan, aprobando con la cabeza, instó a Alberto a proseguir la narración:

—Habiendo llegado sir Cook al apartamento en que se encontraban los cautivos —prosiguió Alberto—, oyó que hablaban de él. Entonces preguntó: «¿Me conocen?». Y ellos dijeron a coro: «¡Cómo no vamos a conocer al celeberrimo sir Cook!».

Juan, sin poder contenerse, exclamó:

—Bien dicho. El eco de las hazañas de sir Cook resuena por el orbe entero.

A una señal suya, Marta continuó, con voz temblorosa:

—Sé que ustedes —dijo sir Cook— están cautivos de un vesánico llamado Juan, al que desde este momento declaro prisionero de nuestra ilustre soberana. En cuanto a ustedes, quedan en libertad.

Al conjuro de esta palabra, y por un instante ilusorio, los tres cautivos se creyeron devueltos al mundo gracias al poder de la ficción. Pero Juan, soplando con fuerza sobre tal castillo de naipes, disipó al punto la falsa creencia:

—¡Ah, pobre sir Cook con sus engañosas promesas!... Por más que quiera, no está en su mano libertarlos. Si mi placer es tenerlos cautivos, el tema de la libertad sobra en esta velada.

Alberto, entonces, se atrevió a preguntar:

—¿Qué va a ser de nosotros?

Juan se encogió de hombros, y respondió con gran comedimiento:

—Ni yo mismo lo sé. Sospecho que todo irá surgiendo de la misma situación en la que están atrapados.

Alberto osó interrumpirlo:

—Al fin lo reconoce: atrapados.

—No me queda otro remedio. Para hacer lo que me gusta, es necesario que hagan lo que les disgusta. Lástima; mis designios están en desacuerdo con los suyos.

Ante afirmación tan categórica, sobaban toda pregunta y toda imploración de clemencia. Los cautivos se abismaron en sus pensamientos, y Juan, en sus maquinaciones. Sentados en estatuaria inmovilidad, con copas entre las manos, parecían salidos de una instantánea. En consonancia con tal atmósfera, el silencio habló por espacio de unos minutos en su intraducible lenguaje. Un timbrazo lo redujo a polvo. Juan se puso de pie y exclamó, con la voz tronante de un actor durante una tirada trágica:

—¡El fotógrafo viene a inmortalizarlos!

En efecto —y de acuerdo con la organización que parecía regir los acontecimientos de aquella casa—: era un fotógrafo. Sin cambiar un saludo con Juan —quien tampoco lo saludó—, ni con los cautivos, se limitó a armar su cámara, provista de un trípode. Miró con ojo profesional la estancia;

con su fotómetro midió la intensidad de la luz, lo acercó al grupo y, por último, furtivamente, lo devolvió a su bolsillo. La minuciosa operación duró casi media hora.

Estas morosas precauciones del fotógrafo y su teatralidad —que se emparejaba con la de Juan— crearon una expectación mortal en los cautivos. Parecían anunciar su inminente salida del mundo de los vivos: semejaban el objetivo de una operación sobrehumana.

Y como, para el hombre común, lo inexplicable aparece siempre bajo el aspecto de lo catastrófico, los cautivos tuvieron por primera vez clara conciencia de que una catástrofe se cernía sobre sus vidas. Un miedo indescriptible se apoderó de ellos, pero ninguno se atrevió a decir palabra. El fotógrafo iba a accionar por fin el disparador, cuando Juan lo detuvo, y gritó con violencia:

—¡Sonrían!

Una mueca se reflejó en la cara de cada uno de los futuros fotografiados.

—Así no —pidió Juan, recobrando el aplomo—. Hagan como si estuviesen en el mejor de los mundos posibles. Recuerden: la posteridad los juzgará por esta sonrisa. De modo que llénense, amigos, de felicidad. El tiempo apremia.

Los tres presintieron que ésta sería su última orden. Gracias a esa facultad de la hipocresía, que tan útil les pareció en semejante momento, sus caras se fueron iluminando poco a poco, hasta alcanzar las copias fieles de tres maravillosas sonrisas.

—Así está bien —admitió Juan suavemente, e hizo una señal al fotógrafo. Con lentitud de especialista, éste hizo accionar la máquina, que a ellos se les antojaba infernal. Una vez cumplida la ceremonia, recogió cautelosamente sus implementos y desapareció, tan silencioso como había llegado.

Esto era lo que Juan esperaba. Con satisfacción evidente, amontonó en un rincón todos los muebles y objetos de la sala. El escenario de su espectáculo adquirió un aspecto deplorable, pero bien sabía él que esto formaba parte del programa. Por último, tomó uno por uno los cuerpos rígidos de

los cautivos y los depositó sobre la montaña de escombros. Antes de marcharse, los miró con tristeza:

—Un poco rebeldes. La próxima vez me costará menos trabajo.

1975

Muecas para escribientes

los cautivos y los depositó sobre la montaña de escombros. Antes de marcharse, los miró con tristeza:

—Un poco rebeldes. La próxima vez me costará menos trabajo.

1975

Muecas para escribientes

los cautivos y los depositó sobre la montaña de escombros. Antes de marcharse, los miró con tristeza:

—Un poco rebeldes. La próxima vez me costará menos trabajo.

1975

Muecas para escribientes
